

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 315

BUENOS AIRES, 31 DE OCTUBRE DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO

EMILIO LOPEZ ARANGO



*Cobardemente asesinado por infames sicarios, el
25 de Octubre. Estando este número compuesto,
dejamos para el próximo la publicación
detallada de la tragedia.*

*Nuestro dolor es indescriptible, pero seguiremos adelante,
por la libertad y la justicia.*

¡Las ideas no se matan!

D. A. DE SANTILLAN

La propaganda no basta

(Temas del próximo Congreso Anarquista Regional)

II. LA PREPARACION INSURRECCIONAL

En la historia social nos encontramos algunas veces con hombres y grupos exclusivamente insurreccionalistas, que no tienen presente más que una misión: la de suscitar situaciones revolucionarias mediante todos los recursos posibles del heroísmo y del sacrificio. Admiramos a esos valientes, reconocemos los generosos impulsos de su voluntad, pero advertimos en toda su obra una despreocupación excesiva por la propaganda; para ellos la acción lo es todo, la propaganda, en cambio, es una cantidad des- cuidable.

Hay épocas en que esa fiebre de acción tiene sus justificaciones, y sobre todo hay temperamentos que no pueden concebir la lucha revolucionaria más que en esa forma de acción, de riesgo, de violencia.

Tan insuficiente como es la propaganda pura, la difusión de la verdad y la justicia, para producir cambios sociales fundamentales, lo es la acción insurreccional en sí misma, sin una previa conciencia de los objetivos perseguidos, sin una clara noción del camino a seguir, de los obstáculos que han de aparecer y de los medios a emplear para vencerlos de manera concorde con las aspiraciones finales. No basta la adopción de una idea revolucionaria para caracterizar a un revolucionario, como no basta la acción insurreccional para distinguir a un aventurero cualquiera de la política, del idealista que lleva en su cerebro la visión de un nuevo mundo de libertad y de bienestar para todos. No todos los insurreccionalistas son revolucionarios, como no todos los revolucionarios son insurreccionalistas, en el sentido material de la palabra.

Lo que a nuestro juicio caracteriza al verdadero revolucionario es una nueva concepción de la vida moral y social unida a un esfuerzo permanente en pro de su realización. El esfuerzo puede ser distinto, según el temperamento del individuo y las circunstancias especiales de la época y de la sociedad en que se

vive; lo que importa es que el esfuerzo exista y que no contradiga virtualmente el propósito perseguido con una mala elección del camino y de los medios a emplear.

La insurrección es uno de los medios, y de los más clásicos, del esfuerzo tendiente a la transformación social. Puede ser armada, como la que nos transmite la historia reciente y lejana de los pueblos, violenta, de predominio militar o de las armas, y puede ser económica, como en el caso de la ocupación de las fábricas en Italia. Posiblemente se hará uso de las dos formas de insurrección: la insurrección armada junto con la insurrección que se vale de los medios económicos de fuerza: huelga general, sabotaje, toma de las fábricas, etc.

No vamos a discutir la superioridad o la conveniencia del empleo exclusivo de una u otra expresión insurreccional. Lo que decimos es que, como la propaganda no basta, y no basta por sí sola la insurrección, es preciso que en la mentalidad de todos los revolucionarios se haga carne la fusión de ambas preocupaciones: la de la difusión de las ideas o programa a realizar junto con la preparación revolucionaria.

Ya hemos dicho que constatamos una escisión deplorable de esas aspiraciones, mejor dicho, un abandono de la idea insurreccional, que implica ciertos riesgos, en favor de una actividad puramente propagandista. Los anarquistas somos hoy, en gran mayoría, un partido de propagandistas, incansables en la repetición de una verbosidad revolucionaria, pero relativamente despreocupados e impotentes en tanto que insurreccionalistas. Tenemos el hábito de confiar que el porvenir hará caer la fruta madura en nuestras manos, que las masas harán espontáneamente la revolución, y todo lo dejamos para ese santo día. ¡Ah, cuántas cosas haremos cuando estalle la revolución!... Mientras tanto nos contentamos con predicar el paraíso futuro y con gastar en esa prédica todas nuestras energías. Nos diferenciamos en eso del sacerdote católico en que

nuestro paraíso es terrestre y no celeste, pero psicológicamente, para las grandes masas, el paraíso nuestro y el de la Biblia son sueños gratos para adormecer más bien que para incitar a su conquista inmediata.

Entre las necesidades urgentes del movimiento está sin duda alguna la preparación material para la revolución, porque ésta no ha de nacer de la nada, sino que ha de ser fruto del esfuerzo consciente de los revolucionarios.

La hora de las insurrecciones no ha pasado, aunque las dificultades sean mayores que nunca para su triunfo. Sobre todo en países todavía insuficientemente desarrollados, como los de la América latina, la insurrección tiene un gran porvenir y los anarquistas podríamos ser factores de ella con más probabilidades que los partidos políticos que se disputan por ese medio el poder, con más probabilidades que ellos, porque nuestro arsenal es más rico y disponemos de un apoyo obrero y campesino tácito con que no pueden contar los otros partidos.

Abandonado el insurreccionalismo y convertido el anarquismo en un movimiento de predicadores, abandonada también la idea de la experimentación inmediata del valor de nuestras ideas, ¿qué temor podemos causar a nuestros adversarios? Nos distinguimos un poco en las agitaciones puramente obreras, que no elevan la mentalidad de las grandes masas por encima de la situación presente, y eso es todo. El régimen capitalista y autoritario como tal puede dormir en paz sin preocuparse de nuestra existencia, porque la razón que nos asiste no es suficiente para quebrantar las bases de su dominación.

Reconocemos muy bien que las perspectivas insurreccionales son más difíciles hoy que antes, pero es preciso tener en cuenta que no hay razón para abandonar por completo esa táctica nuestro abandono del insurreccionalismo. Raca so pretexto de habernos debilitado, pues ese debilitamiento es en parte causado también por ramente elevamos los ojos hacia el panorama de un cambio social; las luchas cotidianas por una parte y las dificultades crecientes para el triunfo de una insurrección, por otra; nos han distanciado de la revolución práctica, como anhelo perenne de todas las horas. ¿A qué compañero se le ocurre hoy pensar en las posibilidades de combinar un movimiento proletario subversivo contra el capitalismo con un esfuerzo planeado para ir lo más allá posible en el camino de la destrucción y de la construcción revolucionaria?

Tenemos todo un repertorio para eludir la

preparación material revolucionaria. Nos sabemos de memoria una vasta argumentación para matar en germen todo ensayo de acción insurreccional. Es verdad que las revoluciones no se hacen a plazo fijo, pero es verdad igualmente que las revoluciones no se hacen si no hay fuerzas conscientes que las preparen, las provoquen y las orienten.

Quizás una parte de la indecisión de los años de la post-guerra, lamentablemente perdidos para la causa del progreso social efectivo, se debe a la decadencia ya entonces evidente del insurreccionalismo, tan grato a nuestros amigos de la primera hora, cuando estaba totalmente descartado su éxito, como lo estaba el experimentalismo de los socialistas "utópicos" premarxistas.

Con esto no afirmamos nuestras predisposiciones insurreccionales. Nos damos perfecta cuenta de los obstáculos interpuestos en el camino de la acción violenta, armada o económica; obstáculos interpuestos tanto por la burguesía y el Estado como por la mentalidad de las propias masas trabajadoras. Y tenemos un cierto sentimiento de escepticismo sobre los resultados finales de una revuelta para la acción constructiva del socialismo. Pero pensamos que no podemos negar nuestro apoyo a esa acción y en particular que no podemos descartar a priori todo ensayo insurreccional, sofocándolo con la lógica de nuestros razonamientos de cabezas frías y relativamente serenas. Es preferible que la preparación revolucionaria vaya por un camino lleno de dificultades a la renuncia de toda preparación efectiva, confiando en los milagros de los discursos y de los artículos de periódicos.

III. LA ACCION CONSTRUCTIVA INMEDIATA.

Si la acción insurreccional es una de las manifestaciones posibles de la unión de la propaganda con la preparación revolucionaria, otra es la acción constructiva inmediata, según las posibilidades, en el sentido de nuestras ideas.

También desde este punto de vista encontramos en el movimiento anarquista un pasivismo providencialista, que lo espera todo de la espontaneidad futura de las masas, cuando estalle la revolución por algún desconocido arte de magia. Se ha propagado la idea de la revolución completa, un verdadero mito, porque la revolución no será nunca completa, sino siempre parcial, y el día que la humanidad llegase a un punto muerto, el de la perfección, el del acabamiento, habría llegado al fin de su carrera y la vida perdería su razón de ser.

Hay por ahí toda una literatura contra la acción constructiva inmediata de los revolucionarios, dentro de los límites posibles hoy mismo para su desarrollo libre, límites restringidos, pero que lo son mucho menos que los que nos imponemos voluntariamente, en espera del paraíso del porvenir. Advertimos en muchísimos compañeros un verdadero horror a todo lo que sea comenzar, a todo lo que sea un ensayo de apartamiento de los moldes prescriptos por el sistema capitalista y las leyes estatales. En teoría nos rebelamos contra todo, en la práctica marcamos pasivamente el paso y somos excelentes instrumentos en manos del capitalismo y súbditos fieles para el Estado. En la fábrica y en la vida cotidiana entera seguimos la trayectoria del orden existente, le servimos con voluntad o sin ella y nos diferenciamos del resto de la humanidad por la creencia en el día famoso de la revolución social. Si dejamos a un lado esa creencia y algunos gestos de protesta contra determinados abusos, gestos de protesta que también podrían partir de los sectores del conservatismo social, el régimen presente no tiene por qué estar descontento de nosotros.

¿Nos imaginamos a un sabio que, en posesión de una verdad, se negase a dar un paso más y quedara inmóvil el resto de sus días con el pretexto de que la humanidad entera no comulga con esa verdad todavía? No, la ciencia nos enseña que el descubrimiento de una verdad que ha sido un aliciente para nuevos descubrimientos y los sabios avanzan en el terreno científico, sin ver un obstáculo a ese progreso en la ignorancia de quienes les rodean. Al fin y al cabo, algún resplandor llega siempre a los que viven al margen de la ciencia.

Si nosotros procediésemos socialmente así, la semilla que arrojamos hoy, el pequeño grupo de vida libre, podría ser una floración frondosa mañana. ¿Es nuestra la culpa si, a pesar de cuanto hacemos, las grandes mayorías se hallan todavía más a gusto con el yugo al cuello? Si no podemos arrastrar a esas mayorías, hagamos como minorías lo que nos sea posible en construcción socialista nueva y añadamos al valor de nuestras verdades y a la propagación de nuestros anhelos, el argumento formidable del ejemplo, de la experiencia práctica, que ha de valer por lo menos tanto como la prédica exclusivamente teórica. No vivimos hoy, dentro del régimen capitalista y estatal, como nosotros quisiéramos; lo sabemos; pero no viviremos tampoco de un modo totalmente de acuerdo con nuestro ideal después de la re-

volución, de esa revolución jacobina y catastrófica que algunos tienen presente. ¿Es que por eso hemos de renunciar hoy y mañana a toda experimentación práctica? Creemos que no. Si en lugar de vivir el 100 por 100 dentro del régimen presente vivimos solo el 50 por 100, estaremos más cerca de nuestro ideal. Y así, paso a paso, podríamos ir conquistando el derecho a la vida cada vez más libre para nosotros, como minoría, hasta que la fuerza de nuestra persuasión práctica por los hechos produjese idéntico deseo en la mayoría y abriese entonces de un solo golpe de par en par las puertas de un mañana en que nos sería posible una organización social más ampliamente libertaria.

Si reflexionásemos bien lo lejos que podemos ir con solo recurrir efectivamente al arma de la acción directa, comenzaríamos hoy mismo a hacer la revolución. Por otra parte, tenemos muy poca confianza en aquellos revolucionarios que no comienzan desde hoy a hacer la revolución a que dicen aspirar.

Personalmente tenemos más confianza en esta acción constructiva inmediata que en la táctica insurreccional. Pero no repudiamos ésta. Y decimos que aquellos que fuera de esos dos métodos que proponemos ven una posibilidad de salida, no la han descrito todavía. Por consiguiente, según nuestras preferencias, temperamentos y oportunidades, podemos estar con uno o con otro. Estar contra los dos es tanto como sellar un pacto de conformismo con el régimen de opresión y de explotación en que vivimos, y suponer que nuestros discursos y nuestros artículos bastan para crear la felicidad del mundo.

Propaganda de nuestras ideas, sí, a esa labor estamos consagrados, ese esfuerzo es el que nos absorbe casi por completo. Pero ¡por favor! que no nos absorba de tal modo que nos impida advertir su insuficiencia y nos haga ciegos para lo que debe ser el complemento lógico: la preparación revolucionaria, por la acción insurreccional o por la construcción inmediata en el sentido de nuestras ideas.

Si la fuerza, la potencia y la riqueza del capitalismo no puede nacer más que de nuestro trabajo, de nuestra servidumbre, voluntaria o forzosa, tratemos de restarle por lo menos nuestras energías de minoría anticapitalista, instaurando nuestros propios ambientes de vida económica y social. No pesáramos al principio mucho en la balanza de la producción de valores económicos, pero el ejemplo sería un resorte poderoso de atracción y por lo demás salvaríamos nuestra dignidad y nuestra inde-

JEAN GRAVE

Las cooperativas como comienzo de la sociedad futura

Durante largo tiempo, aun reconociendo el beneficio que sus adherentes podían obtener de ellas en la situación actual: productos mejores y más baratos, supresión de intermediarios, las aceptaban por esas ventajas, pero su visión no iba más lejos. Nadie, creo, había entrevisto el papel que podían desempeñar en tiempos de revolución.

Y en la hora actual misma ¿cuántos son los que comienzan a comprenderlo?

Algunos de nosotros habíamos comprendido bien que, para establecer la sociedad de nuestras concepciones, era preciso tener una idea de cómo funcionaría, que era preciso prepararse para ser capaces de responder a las contingencias. Pero eso era puramente teórico. No habíamos entrevisto la amplitud de la cuestión.

Y, cuando queríamos discutir el asunto, éramos inmediatamente arrollados por aquellos que piensan que la palabra revolución basta para todo.

"No tenemos que ocuparnos de lo que será la sociedad del año 2.000. Es la revolución la que hay

pendencia, rehusando el trabajo para los privilegiados de la hora y demostrando en la práctica las ventajas y las alegrías del trabajo libre. Eso es posible en una vasta escala desde hoy mismo. No abandonemos la esperanza de redimir a la humanidad entera, pero sería mala táctica redentora la de naufragar nosotros también en el infierno odioso del capitalismo, con la esperanza mesiánica de la llegada de una revolución milagrosa.

No nos detenemos a señalar las ventajas que tendría una revolución libertaria eventual si encontrase ya desde el primer momento ciertos focos de vida y de producción libres. Se comprenden fácilmente.

El capitalismo no es más inteligente que nosotros y sin embargo logra prosperar económicamente explotándonos. Empleemos nuestra inteligencia relativa en fundar medios económicos de libertad y de solidaridad y un día podremos pesar decisivamente en los destinos sociales y acelerar con seguridad matemática la hora de la libertad para todos.

que preparar. Y para eso, es preciso hacer revolucionarios. Una vez hecha la revolución, veremos lo que tendremos que hacer".

Y, desgraciadamente, eran numerosos los que razonaban así.

Después los acontecimientos han venido a demostrarnos que, para pasar de la sociedad actual a la de mañana, no bastaba hacer la revolución, ni siquiera planes teóricos de lo que sería la sociedad nueva. Aunque triunfase, la revolución se frustraría porque, desde el punto de vista económico, quedaría todo por hacer, y sería demasiado tarde para ponerse a hacerlo, porque es durante la lucha, a medida que se destruye la organización capitalista, cuando habría que establecer los grupos capaces de asegurar la producción y la distribución de los productos.

Y esos grupos no pueden brotar espontáneamente de nada. Una sociedad no se crea en un cerrar y abrir de ojos. Los grupos que tengan que sustituir al régimen capitalista deberán ser capaces de funcionar inmediatamente, estar en relación con otros grupos, de modo que no haya discontinuidad entre la sociedad actual y la de mañana.

Si no se han preparado para eso, los revolucionarios, por victoriosos que sean, no obtendrán más que una victoria a lo Pirro, porque todo quedaría por hacer en punto a organización, y se habría dejado pasar la oportunidad, habiendo dejado sobrevivir el régimen capitalista, puesto que, a pesar de que uno combata, necesita comer y, para poder hacerlo, hay que continuar produciendo y haciendo la distribución de víveres y de todo lo que es necesario para la vida.

Es lo que ha ocurrido después de la guerra en Alemania y en Hungría. Allí se hicieron revoluciones donde fueron vencedores los socialistas. Pero, no habiendo llevado a la lucha más que "aspiraciones", vagas teorías, no supieron qué hacer de su victoria, gracias a la cual algunos de sus guías se convirtieron en jefes. Impotentes, debieron dejar subsistir el régimen capitalista que facilitó el regreso al antiguo estado de cosas.

¿No fué esa, por lo demás, una de las causas del fracaso de la Comuna de París, en 1871, cuyos agi-

tadores tenían, es verdad, "aspiraciones" de más justicia, de más libertad, de más bienestar para todos, pero todo de una forma muy vaga, mal definida, lo que hizo que perdieran su tiempo en discusiones estériles, sin haber sabido poner nada en pie?

En Rusia los revolucionarios han sabido mantenerse en el poder, pero no lo hicieron más que dejando subsistir la mayor parte del régimen capitalista, abandonando todo lo que constituía el fondo de su programa socialista. Y, en un país donde los campesinos estaban bien preparados para el régimen de la propiedad común, les han dejado apoderarse de la tierra como propietarios individuales. Se ha expropiado a algunos burgueses, pero se dejó surgir una burguesía nueva. Se dejan subsistir las formas comerciales, con el dinero, que entrañan pérdidas y beneficios, así como el salariado, fuente de desigualdades económicas.

Se gobierna en nombre de la "dictadura del proletariado", pero se suprime la voluntad de este último, desarrollando una burocracia y una policía peor que bajo el zarismo, impidiendo toda iniciativa de sus grupos.

"El Estado no tenía un hombre, ni los medios para organizar de un solo golpe el comercio de una población de 150 millones de habitantes", ha confesado Rykof en la sesión del 27 de junio de 1924 del congreso de la Internacional comunista ("Bulletin communiste", N.º 33, Año V).

Y se ha conservado el comercio con la posibilidad de reconstituir fortunas particulares. ¿Era necesario para todo eso hacer una revolución?

No, mil veces no, puesto que esa derrota acaba de dar razón a los burgueses que afirman que las ideas socialistas no son más que sueños perfectamente inaplicables.

Y nos demuestra ampliamente que no basta baltarse, derribar el gobierno, instalarse en su lugar para que triunfe la idea socialista, así como la imposibilidad de organizar la sociedad de nuestros sueños si, desde ahora, no sabemos organizar entre nosotros los rodajes que hayan de reemplazar a los rodajes capitalistas.

Ahora, entendámonos. Que no se vaya a hacerme decir tonterías atribuyéndome la idea que, desde el presente, podríamos crear toda la organización económica de la sociedad futura.

No soy tan "utopista". Quiero sólo crear embriones de agrupación que, al desencadenarse la revolución, podrían, con ligeros cambios, adaptarse a las condiciones nuevas, sabiendo atraer a ellas las buenas voluntades, y asegurar la marcha de las relaciones económicas en el nuevo orden de cosas.

Sin duda, eso podría, para comenzar, no ser el ideal, pero valdría más que nada. Se tendría un punto de partida y, sabiendo inspirarse en las faltas cometidas, sabiendo comprender lo que podría

faltar a la buena marcha de los asuntos, se podría mejorar su funcionamiento.

Tener un comienzo de organización, aunque imperfecta, sería de una ventaja inmensa. Se desarrolla más fácilmente lo que existe que se crea algo de la nada.

Los anarquistas en particular, los revolucionarios en general, ¿comprenderán esta verdad?

Como lo ha dicho Kropotkin: "La revolución no debe, desde sus comienzos, llevar a las poblaciones un acrecentamiento de cargas y de privaciones, sino no será más que una derrota". Las revoluciones alemana, húngara, rusa, lo han demostrado superabundantemente.

Es por eso que, inspirándonos en la lección, los esfuerzos de los anarquistas, cuando hayan conseguido reorganizar un movimiento propio, desembarazando el terreno de los farsantes que han conseguido desorganizarlo, consistirán en buscar lo que deberán ser esos grupos y en intentar organizarlos, dándoles extensión.

"Organizar, desde ahora, los rodajes de la sociedad futura ¡qué utopía!", van a gritar sin duda aquellos a quienes no interesa la "Sociedad del año dos mil". No tanto como eso.

Como he dicho más arriba, no se trata de organizar, desde ahora, completamente la sociedad futura — pura utopía, en efecto — sino los esbozos de grupos que pueden funcionar en la sociedad presente para el mayor bien de sus adherentes, y capaces, cuando estalle la revolución, de sustituir los rodajes capitalistas para facilitar la producción y el reparto.

Y esta sustitución podrá hacerse fácilmente, las ideas avanzan pronto en tiempo de revolución.

Para encontrar esas formas de agrupación, no tengo necesidad de ningún modo de torturarme el cerebro. Fueron emitidas por camaradas que, desgraciadamente, no han sido comprendidos. Los he mencionado gran número de veces, sin que hayan despertado tampoco la atención de nadie. Las cito una vez más.

En el grupo de las "Veladas de Montreuil", un grupo de estudios de esa localidad, un camarada emitió la idea de organizar un taller donde los adeptos, en sus horas de ocio, irían a trabajar en la confección de objetos de su conveniencia.

Multiplicándose esos talleres, entrando en relaciones unos con otros, sus miembros habrían podido hacer cambios entre ellos. Y, para esos cambios, no habría hecho falta ni mercantilismo ni moneda.

El autor no veía más que las ventajas que los asociados habrían podido sacar en la sociedad presente de esa forma de asociación, al mismo tiempo que los habituaba a pasarse sin el empleo de la moneda.

Pero reflexionando más, se puede ver que si esos

talleres se multiplicasen un poco en todas partes, podrían, desde los comienzos de la revolución, sustituir a los talleres capitalistas para asegurar la producción, apoderándose de ellos y transportando a ellos su organización y sus relaciones.

Tanto más cuanto que se trataba de organizar grupos semejantes para la agricultura. ¿Se querrá ver la fuerza que sería posible obtener de una agrupación semejante?

Esas cooperativas agrícolas se han fundado, yo creo, al margen de nuestra propaganda, entre los campesinos propietarios. No es por tanto una idea enteramente nueva la que les llevaríamos, lo cual facilitaría la propaganda entre ellos en vista de hacerles ver más allá.

Pero vinieron las persecuciones de 1894, los arrestos, los procesos; la idea quedó allí y no fué continuada por el autor.

Más tarde se expuso otra idea. Como los autores de la idea de los talleres, los de la nueva idea no encaraban más que el beneficio inmediato que podrían sacar de ella los participantes.

Se trataba de que los camaradas de las diferentes regiones se pusieran en relaciones entre ellos a fin de facilitar la compra de productos donde fuesen más baratos.

Tampoco, como la idea de los talleres, fué comprendida, ninguna tentativa se hizo. Y sin embargo, como los talleres, los asociados habrían encontrado así ventajas inmediatas, aun estableciendo un grupo que podía servir de primer paso a la sociedad futura.

En fin, vuelvo a lo que me ha suscitado este artículo. Hay otra forma de agrupación que, en tiempos de revolución, podría servir de puente entre la sociedad de hoy y la de mañana, forma que no tiene necesidad de ser buscada ni de ser puesta en pie, porque existe ya. Son las cooperativas.

Hasta aquí, las cooperativas de producción no han tenido buen éxito que yo sepa. Sin embargo, es cosa que hay que ver. Pero, en cambio, las cooperativas de consumo han prosperado perfectamente, englobando millones de adherentes, que tienen sus almacenes al por mayor, que extienden sus relaciones en todos los sentidos, y que serían un apoyo formidable para la organización de la sociedad futura.

Un camarada ruso, visitando su región natal, halló en un rincón perdido una aldea (H. Remezof, "La comuna de Mamuykin", extracto de "Cinco meses en la Rusia soviética"), organizada sobre bases anarquistas, gracias a una cooperativa que habían fundado, y eso a pesar del gobierno bolchevista.

Y lo que hay de bueno en esas tres especies de grupo, es que pueden atraer a ellos camaradas que

no serían anarquistas. La gente no quiere más que mejorar su situación actual, y se enrolará de buena gana en un grupo que se lo facilite. A condición de que se le presente funcionando y no como proyecto.

El llevarles a una comprensión más amplia del papel que el grupo podría tener en el período revolucionario, es cosa de propaganda, lo cual sería fácil, puesto que se les demostraría, con los hechos, que los anarquistas no son tan utópicos como se pretende.

No hay que olvidar que, después de la represión sangrienta de 1871, fué para reavivar la propaganda socialista que se volvió a tomar la idea de crear cooperativas de consumo. Muchas de ellas luego intentaron proseguir esa propaganda al lado de sus operaciones comerciales. Por este lado, el camino está pues abierto.

Lo que hay de seguro es que, para destruir la sociedad de la autoridad, de la arbitrariedad, de las injusticias y explotaciones que nos oprime, la revolución es insuficiente, si no es apoyada por agrupaciones capaces de ayudarle a la constitución de la sociedad nueva.

Una de esas agrupaciones existe ya, no se trata más que de hacer comprender a sus adeptos el rol grandioso que puede tocarles desempeñar en la revolución del porvenir. Las otras agrupaciones pueden constituirse perfectamente, si los revolucionarios quieren inspirarse en los hechos.

EDITORIAL "LA PROTESTA"
NUEVAS EDICIONES
 Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** 0.10
 Anselmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** 0.10
 Juan Crusao: **CARTA GAUCHA, séptima edición** 0.10
 P. Kropotkin: **A LOS JOVENES**
 L. Fabbri: **¿QUE ES LA ANARQUIA?** 0.10
 D. A. de Santillán: **LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición** 0.10
 Ana María Mozzoni: **A LAS HIJAS DEL PUEBLO** 0.10
 Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** 0.10
 De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita, por grupos, sindicatos y compañeros.

La Memoria justificativa de Bakunin sobre la Baronata (28-29 de Julio de 1874) · Publicada y anotada por MAX NETTLAU

Este documento es reproducido en sus partes principales en un cierto número de lugares de mi primera biografía de Bakunin (tomo III; 1900) y, tomado de allí, en algunos pasajes de *L'Internationale* de James Guillaume (tomo III; 1909), pero no ha sido publicado nunca en su conjunto y es un documento tan personal, que parece que no merece ser privado del efecto que puede producir, en la reproducción integral, por un desmenuzamiento en múltiples citas grandes y pequeñas.

Lo ocasión de publicarlo ahora me parece dada por dos hechos. Uno, es el libro *Il Diavolo al Pontelungo* de R. Bacchelli, supuestamente un "romanzo stórico", que como he mostrado (v. los dos números anteriores de esta revista) desnaturaliza verdaderamente de un modo vergonzoso los hechos de 1873-74 de la vida de Bakunin.

El otro, es el hecho que recordados así esos acontecimientos, algunos lectores serán inducidos a consultar sobre ellos el libro mencionado de James Guillaume, donde encontrarán un gran número de hechos y documentos auténticos sobre esos sucesos. Pero, hay que decirlo, precisamente sobre esos acontecimientos Guillaume y otros han expresado el 25 de septiembre de 1874 un juicio muy duro contra Bakunin, y lo que él publicó en su libro treinta y cinco años después, es siempre una defensa de ese juicio duro. Yo lo sé, porque he discutido todas estas cosas largas horas con él en los años precedentes y fué tan inexorable entonces como en 1874.

No entro aquí en el fondo de esas cosas que tienen esta molesta consecuencia para Bakunin, que, mientras el esfuerzo de Cafiero se hizo con la mejor buena fe, para conservar a Bakunin el mayor tiempo posible en la actividad revolucionaria (agosto de 1873), se hizo de un modo tan incongruente que el efecto fué precisamente que Cafiero, Guillaume y otros dos lo han eliminado ese 25 de septiembre de 1874 de la actividad revolucionaria en su ambiente. No es pues del todo indiferente verificar en qué circunstancias fué interrumpida así la acción de Bakunin en el movimiento revolucionario, y donde están las responsabilidades históricas.

El presente documento da la palabra a Bakunin mismo. Fué enviado a su amigo tessines Emilio Bellerio en Locarno, el 29 de julio de 1874 desde Splügen, en el paso de Splügen, ruta menos frecuentada por la cual entró Bakunin entonces en Italia en dirección a Bolonia, con una nota donde se dice:

"Amigo mío — te envío al mismo tiempo un gran paquete conteniendo mi memoria justificativa escrita para Antonia [la señora Bakunin] y para tí. No se la harás leer más que cuando tenga el espíritu suficientemente calmado para comprenderla, después de lo cual deberá ser destruída en presencia

de vosotros y también de Cafiero. Antes de darla a Antonia, la harás leer a Cafiero, invitándole en mi nombre a agregar observaciones si lo encuentra necesario.

"Ahora he aquí todavía una última carta a Antonia [v. mi nota 70] con una carta para Sofia, su hermana [v. nota 68] y para mis hermanos también. No darás todo esto a Antonia más que cuando sea tiempo de decirle toda la verdad, sobre el verdadero objeto [Bolonia] de mi partida, lo que no deberá hacerse más que el jueves o el miércoles, el 5 ó el 4 de agosto. El sábado [31] recibirá de Zurich un telegrama que le anunciará mi llegada para el miércoles [ficción]. En fin, amigo mío, en esta crisis última y suprema tengo plena confianza en tí. Combina y hazlo todo del mejor modo para Antonia y su pobre padre".

Bellerio le escribe el 20 de agosto: "... En cuanto a tu Memoria, no ha sido comunicada a la señora Antonia por razones que Ross te dirá. Es a él a quien remití esa Memoria; con buena idea sin embargo yo había sacado copia". Esta copia fué remitida más tarde a Bakunin a pedido suyo, y es la misma que yo he copiado en 1899.

El original promovió la indignación de Cafiero que no lo entregó a la señora Bakunin, sino que lo guardó y lo dió en septiembre a James Guillaume, el cual se indignó también y no lo mostró a nadie. Lo ha quemado en 1898 "con la mayor parte de mis papeles, durante una grave enfermedad de la que había creído no levantarme más" (v. *L'Int.* III, pág. 97, 186).

Es pues un documento cuya destrucción o supresión permanente fué querida por los que fueron o se hicieron sus amos, pero que ha sobrevivido sin embargo y que nos ha dado la clave de muchas cosas. No soluciona todas las cuestiones que aborda, pero es una contribución preciosa para esclarecer hechos oscurecidos por la leyenda y por las pasiones.

MEMORIA JUSTIFICATIVA

Que escribo principalmente para mi pobre Antonia. Ruego a Emilio [Bellerio] (1) que la lea primero, después que la haga leer a Cafiero, que podrá hacerla leer a su mujer (2) si lo considera conveniente, y sólo después que la haya leído y agregado sus observaciones, si lo halla necesario, la dará a leer a Antonia; pero será destruída de común acuerdo, puesto que contiene hechos políticos que no deben salir nunca del círculo de los más íntimos.

Emilio sabe el comienzo de la Baronata. Fué des-

de hace largo tiempo, desde el otoño de 1872, o el invierno de 1873 [1872-73] que Cafiero concibió espontáneamente la idea de comprar en Locarno una casa con más o menos tierra y de la cual yo sería el propietario nominal, donde yo residiría con toda mi familia constantemente y que serviría también al mismo tiempo de lugar de descanso, de refugio o de habitación pasajera a todos los íntimos. Durante todo el invierno de 1873 no (se trató) más que de eso, tanto en nuestras conversaciones íntimas como en nuestra correspondencia con Cafiero.

En el verano de 1873 la revolución española parecía que debía adquirir un desarrollo enteramente victorioso. Tuvimos primero el pensamiento de enviar allá a un amigo, después a instancias de nuestros amigos españoles, me decidí a ir yo mismo. Pero para efectuar ese viaje, teníamos necesidad de dinero y nuestra sola fuente financiera era Cafiero, y Cafiero estaba imposibilitado de dárnoslo porque no había terminado todavía sus asuntos con sus hermanos (4). Decidimos un joven amigo y yo apremiarle, y como era inútil y casi imposible hacerlo por carta, el joven amigo fué a su casa. Fué detenido (5).

Entonces me fué forzoso entenderme con Cafiero por correspondencia sirviéndome de un lenguaje simbólico que había sido establecido entre nosotros. En una de mis cartas, respondiendo a las tuyas que protestaban enérgicamente contra mi partida, le demostré la urgencia y le anuncié al mismo tiempo mi resolución de partir en cuanto me hubiese enviado la suma necesaria. Agregaba un ruego, el de que se convirtiera en protector de mi mujer y de mis hijos en el caso en que sucumbiese en España. Tenía en la amistad de Cafiero a quien quería yo mismo desde lo más profundo de mi corazón, tenía entonces en él una fe ilimitada. Desde nuestro primer encuentro en la primavera de 1872 (6) me había testimoniado una ternura sin límites, casi filial. Creía pues dirigirme a él con toda seguridad en esa circunstancia suprema. Mi espera no fué decepcionada, me respondió con una carta llena de fraternal afecto y en la cual me prometía convertirse en la providencia vigilante de los míos. Pero al mismo tiempo protestaba todavía contra mi partida y, como razón suprema, no me envió el dinero necesario para efectuarla, sea por falta real de dinero, sea por resolución de su parte de no darme para ese viaje. Entonces me consideraba como un ser precioso absolutamente necesario a nuestro círculo de íntimos y a quien por consiguiente era preciso conservar a todo precio, incluso contra su voluntad. Hoy ha llegado, parece, a considerarme como un pedazo viejo de papel absolutamente inútil y bueno para arrojar a todos los vientos. Pienso que se ha engañado entonces como se engaña hoy. No he sido nunca tan precioso como había querido pensarlo él hace un año, ni tan inútil como lo piensa hoy. Pero sigamos.

En el mes de agosto de 1873 Cafiero vino por fin a Locarno libertado de sus hermanos y trajo consigo el primer dinero. No me recuerdo de la suma, pero él la encontrará consignada en el gran libro de cuentas que le remití la víspera de mi partida (7). Lo que yo sé y lo que él no negará sin duda, es que el empleo de esa suma fué regulado entre él y yo hasta los menores detalles. Entre otros hubo algún millar de francos (véase siempre el gran libro) asignados para el primer pago de la Baro-

nata que yo acababa de comprar, no sólo con su consentimiento, sino a consecuencia de sus solicitudes cada vez más apremiantes. Al principio eso no pareció más que un gasto de 14.000 francos, que se acrecentaron luego con 4000 francos a causa de la torpeza cometida por Chiesa (8) que había dejado a un lado dos praderas que formaban parte de esta propiedad y sin las cuales, según Gavirati (9); de acuerdo con todo el mundo, esta última no tenía ningún valor.

Es en ese momento cuando comienza la historia de nuestras imaginaciones y empresas fantásticas. La Baronata, convertida en propiedad nuestra, se componía entonces de la vieja casa que conocéis, de una villa bastante grande, enteramente abandonada, de un pequeño huerto y della scudería, menos el nuevo agregado para cochera y habitación encima. Era evidente que la vieja casa tenía demasiadas pocas habitaciones para albergar a toda una familia y además a todos los íntimos que irían temporalmente a vivir con nosotros. Para suplir esa deficiencia no había más que dos medios: o agrandar la casa vieja añadiéndole dos piezas bastante grandes detrás de la galería y encima del dormitorio de Papa (10) y del comedor, o construir una casa nueva. Yo opiné resueltamente por el primer medio, tenía como el presentimiento de que la construcción de una nueva casa (11) y el agregado de dos piezas bastaría absolutamente para nuestras necesidades (12). Pero se me objetó ante todo que la casa era húmeda, y la humedad decía el doctor Jacobi (13) que lo mismo que su mujer y los Saitsef nos habían acompañado en esa visita de investigación, decía pues que la humedad sería mortal para una salud preciosa, y esa querida salud era entonces, como lo he dicho ya, la principal preocupación de Cafiero, al menos a juzgar por lo que decía y no sé ya si decía lo que pensaba, como yo había sido persuadido entonces, porque no es sino en los últimos tiempos (14) cuando he comenzado a percibir que respecto de mí tanto como respecto de todo el mundo, hay a menudo una gran diferencia entre su palabra y su pensamiento íntimo. Además se agregaba y esta observación vino precisamente de Cafiero, que la agregación de dos habitaciones no sería suficiente para el objetivo que uno se proponía y en fin, que las dos nuevas piezas, privadas completamente de sol serían exclusivamente malsanas.

Se decidió contra mi opinión construir una nueva casa. Se fué en expedición a la montaña, por un sendero tan rudo de transitar que no les acompañé, y dos meses más tarde yo ignoraba todavía el emplazamiento elegido para la nueva casa (15). Ostroga (16) era de la partida y fué invitado por Cafiero a hacer el plano de la nueva construcción. Ostroga hizo dos. Uno mucho más grande, conforme a las indicaciones de Cafiero, otro más pequeño, es el de la casa actual, con algunas modificaciones y embellecimientos propuestos por el ingeniero Galli (17).

Cafiero durante largo tiempo opinó, con esa obstinación que le es propia algunas veces, en favor de la casa grande. Se trataba siempre para él ante todo de la conservación de mi querida salud, y había pedido al doctor Jacobi que le indicase las principales condiciones higiénicas. Es a consecuencia de esa tendencia entonces dominante que se me asignó no una, sino las dos más grandes y más bellas piezas del primer piso, entre el corredor y el salón, cuando por fin se resignó a la casa relativamente

pequeña. En la casa grande era otra cosa muy distinta. Cafiero había recomendado a Ostroga que estableciera al lado mismo de las dos piezas más bellas que me serían asignadas, de un lado un vasto invernadero, donde podría ir a respirar la atmósfera embalsamada de las flores, y del otro una sala de baño, etc., etc. (18).

Cafiero se recuerda que el doctor Jacobi, siempre fiel a los hábitos fantásticos y sofisticados de su espíritu, había pretendido entonces que la ciencia médica tenía medios muy seguros de prolongar, sino hasta el infinito, al menos hasta lo indefinido, la vida de un hombre, aunque fuese un viejo como yo (19). No puedo decir que Cafiero lo haya tomado completamente en serio, pero escuchó a Jacobi con una gran atención, y le suplicó que me prescribiera el régimen querido y que yo me sometiera a él. Si Cafiero no se recuerda, que apele a la excelente memoria de Saitsef, ante el cual fué planteada y discutida esa cuestión en varias ocasiones, del modo más serio del mundo. Ahora que he conocido la profunda simulación de su carácter, de lo que no podía tener entonces la menor sospecha, puedo admitir que se haya burlado interiormente de todos nosotros. Pero no había, que yo sepa al menos, ningún hecho que le haya dado el derecho ni que haya podido sugerirle el deseo de hacerlo. Todo lo que decía, todo lo que hacía, respiraba la confianza más absoluta y me inspiraba una fe ilimitada en su amistad.

Fué entonces (20) cuando emití por primera vez y con mucho calor un pensamiento al que quedé obstinadamente fiel hasta su regreso de Rusia (21). Decía que yo debía en lo sucesivo abstenerme de toda expedición revolucionaria, que debía dejar eso para los jóvenes, como el centro siempre activo y siempre secreto, bien enmascarado, de una conspiración internacional permanente. Combatí constantemente esa idea, no en algunos de sus detalles, en los que estaba de acuerdo con él, sino en su principio mismo — pues ese principio, si lo aceptaba, me condenaba necesariamente al rol muy poco envidiable

y sobre todo perfectamente inútil de un Dalai-Lama a quien se engordaría con grandes gastos para la salvación de todo el mundo. Convenía con Cafiero en que el estado de mi salud, mi pesadez, la enfermedad de mi corazón y la rigidez de mis miembros y de mis movimientos, que son su consecuencia necesaria, me hacía en lo sucesivo poco apto para las expediciones aventureras que exigen ante todo una fuerza física, una elasticidad y una velocidad de movimientos a toda prueba. Pero he mantenido siempre mi deber y mi derecho a lanzarme en todo movimiento revolucionario que adquiriese un carácter más o menos general, consistente y serio, y he sentido y pensado siempre que el fin más deseable para mí sería el de caer en medio de una gran tormenta revolucionaria.

Por otra parte, no fué esa entonces entre nosotros más que una discusión académica, las circunstancias eran tales que no había que pensar en una expedición revolucionaria. La revolución española acababa de fracasar miserablemente por falta de energía y de pasión revolucionaria en los jefes tanto como en las masas (22), y todo el resto del mundo estaba hundido en la reacción más sombría. Sólo Italia presentaba algunos síntomas de un despertar revolucionario, pero era preciso todavía mucho trabajo para extraer de él una potencia popular. Estaba, pues,

de acuerdo con Cafiero en que no sólo yo, sino todos nosotros debíamos [palabra ilegible] por el momento en tanto que posible, para poder trabajar tanto mejor en secreto, y que para eso no había mejor medio que adquirir en toda la línea la apariencia de burgueses muy apacibles y muy materiales.

Conforme a este nuevo sistema, se convino que yo como el centro permanente de la sociedad (23), tomaría más que nunca el carácter de un revolucionario fatigado y disgustado y que a consecuencia de ese disgusto, habiendo perdido todas las ilusiones, se arroja con pasión en los intereses materiales de la propiedad y de la familia. Eso se había vuelto tanto más necesario cuanto que nuestro círculo se había convertido no sólo en objeto de las persecuciones y del espionaje de todos los gobiernos, sino también de los ataques furibundos de los revolucionarios más o menos socialistas de los otros partidos, y sobre todo yo, objeto de denuncias y de infames calumnias de parte de los alemanes y de los judíos de la escuela de Marx y Cia. (24).

Debía, pues, aparecer como burgués muy acomodado únicamente absorvido por los intereses materiales de mi familia. Para eso había un inconveniente bastante grave y que no escapó a nuestra atención. Todo el mundo sabía que hasta entonces yo había sido muy pobre, que vivía en un estado próximo a la miseria. ¿Cómo explicar al mundo la transformación maravillosa y tan repentina de mi fortuna? Discutimos mucho esta cuestión, Cafiero y yo, y decidimos que ante todo no teníamos cuenta alguna que dar a este mundo burgués, para el cual no sentíamos sino odio y desprecio; que yo podía haber heredado o recibido de Rusia una parte de mis bienes por vías que (para escapar a las persecuciones y a las confiscaciones del gobierno ruso) debían necesariamente permanecer secretas (25) y que además [dos palabras ilegibles] siquiera pretexo de calumniarnos, lejos de nosotros el preocuparnos de ello, debíamos regocijarnos, puesto que nos serviría mejor todavía para ocultar nuestro juego.

A consecuencia de esa resolución yo me convertí un buen día en un burgués si no rico, al menos acomodado, sin dar cuenta a nadie fuera de nuestros más íntimos del modo cómo yo había llegado a ser así. Tres hombres constituyeron excepción a la regla aquí en Locarno: Emilio Bellerio, Saitsef y Remigio Chiesa, Saitsef a título de amigo individual muy abnegado y muy discreto, y Chiesa, porque nos era necesario bajo muchos aspectos y que nos ha prestado realmente muy buenos servicios, sin habernos hecho arrepentir nunca de nuestra confianza hasta aquí. Además lo sabían todavía el doctor Jacobi y su mujer a título de amigos y los Ostroga a título de muy viejos aliados y amigos. Pero incluso el venerable Paolo Gavirati, por el cual tengo un respeto tan profundo y que me ha probado tantas veces su amistad inalterable, incluso él no fué puesto en la confidencia de nuestro secreto, y eso por la razón siguiente: se había decidido que yo haría todos los esfuerzos posibles para obtener los derechos de ciudadano suizo en el cantón del Ticino, y Gavirati debía ser precisamente el que, más que los otros, podía y debía contribuir a hacérmelos obtener, lo que no habría hecho ciertamente si dudase sólo de que no continuaba ocupándose de política militante, por temor a comprometer a su querida Suiza en general y al cantón del Ticino en particular. Agregaré que nunca me hizo Gavirati nin-

guna pregunta indiscreta, y que a pesar de los rumores de toda especie que se continuó haciendo circular sobre mí (26) nunca me testimonió la menor desconfianza, en fin que me ayudó siempre y en todas partes de todas las maneras.

Fué a causa de todas estas resoluciones tomadas en común que yo publiqué un mes más tarde dos cartas por las cuales en mérito a enfermedad y vejez, declaro mi retiro de toda acción política a la vida privada (27).

Héme pues establecido como propietario burgués. Para darme la apariencia, Cafiero quiso absolutamente que tuviese al menos un caballo y un coche y él mismo hizo la compra de la vieja Pina así como de una vieja calesa excesivamente destartada, en lugar de la cual compró él mismo la calesa nueva (28). Fué también él quien decidió absolutamente que yo comprase un segundo caballo, un cochecito y una barca. Quería incluso ir él mismo sea a Milán, sea a Varese para comprar la calesa y el cochecito, hasta que halló uno y otro en Bellinzona. Cafiero querrá recordarse que yo he protestado constantemente contra esas adquisiciones, y que acababa siempre por rendirme cansado de guerra. Por otra parte, Emilio y él mismo lo saben, he usado personalmente muy poco la calesa y menos todavía la barca, en la cual no he ido más que una sola vez. En cuanto a la calesa, por necesaria que fuese dado el alejamiento de la Baronata de Locarno, experimentaba siempre un sentimiento penoso de vergüenza al subir a ella, me parecía siempre que me asemejaba al cuervo que se pasea con las plumas del pavo, y durante largo tiempo mantuve la prohibición absoluta de atar los dos caballos a la calesa; pero fuí forzado a rendirme de nuevo, pues el caballo nuevo no quería marchar bien más que con la Pina. Insisto en todos estos pequeños detalles primeramente porque costaron bastante caros por sí mismos, y porque denotan al mismo tiempo la tierna solicitud de Cafiero por mi bienestar material. Lo más a menudo esa solicitud se ha impuesto a mí, con una suave violencia. Fué muy distinto cuando quiso imponerme el sistema Bauting (29). No solamente quería que yo cenase aparte, sino que hubo para mí un servicio de mesa, de cocina y de provisiones aparte. Habiendo dicho Jacobi que el vino de Burdeos era excelente para mí, quiso absolutamente hacer venir una provisión y me costó mucho esfuerzo disuadirle. Se recordará también cómo al volver un día de Milán, con un viejo amigo, que fué en otros tiempos maître d'hotel de una gran casa de no sé qué marques (30), traje exclusivamente para mí una cantidad de cosas excelentes. Pero no acabaría si continuase hablando de todo. Para acabar no agregaré más que esto: personalmente, yo he usado muy poco del bienestar material con que había querido rodearme absolutamente. He comido y he bebido ni más ni mejor que en casa de Giacomo (31) y los que me conocen saben muy bien que yo soy poco exigente y rebuscado en mi alimento y que, siempre que tenga tabaco y té, estoy satisfecho. He ahí mi único lujo.

El solo gasto personal que hice yo mismo fué hecho en Berna, en septiembre de 1873 (32). Me vestí de nuevo. Cafiero encontrará en el gran libro mis gastos en Berna, bastante considerables. Agregaré sin embargo que no me vestí solo, sino a otros tres amigos conmigo, que si me hice de una provisión completa de lienzo y de indumentaria, fué todavía

por la recomendación muy insistente y por lo demás muy consecuente de Cafiero, que me había dicho que, puesto que habíamos decidido que yo pareciera un burgués, era absolutamente necesario que me diese todas las apariencias. En fin él y todos mis amigos saben muy bien que yo hice muy poco uso de todos esos trajes nuevos, que no los he puesto más que en las muy raras ocasiones en que iba a Locarno y que en la casa he preferido siempre mis viejos y queridos hábitos más o menos desgarrados, sucios y usados.

Cuando en el mes de octubre último volví de Berna a la Baronata, encontré esta última en pleno derroche. Hallé instalada en ella a la santa familia N. (3), él, su madre y una señorita muy difícil de clasificar, además de dos españoles (34), uno de mis amigos italianos más queridos (35) y Fanelli (36). El gasto ordinario y dirigido por la santa familia era enorme. Era como para estremecerse (37).

El llamado de N. con su madre como intendente y como gobernante de la Baronata, motivado por muchas razones extrañas a esta última y bien conocidas de Cafiero, ha sido resuelto entre nosotros dos (38).

Fué una elección enteramente desgraciada; no es que N. sea un mal individuo, al contrario es un excelente muchacho y un amigo muy fiel, pero simultáneamente por completo incapaz de dirigir y de administrar la menor de las cosas. Su gobierno y el de su madre nos ha costado mucho dinero. Cafiero sabe todos mis esfuerzos, todas la tempestades que hice para disminuir los gastos. Nada valía. N. se contentaba con alinear las cuentas con su más bella escritura, pero sin la menor crítica y sin el menor control. En fin alejamos a la señora N. y a la señorita H. Cambiamos el servicio de la casa. El viejo maître d'hotel del marqués, nuestro amigo, tomó el gobierno. Fué otro sistema, pero ninguna diferencia en la economía. Cafiero sabe todo eso, sabe la desesperación que yo experimentaba, y no es sino después de la marcha del viejo Pezza que yo logré establecer con ayuda de la señora Saitsef un poco de economía (39). En fin durante este invierno hemos gastado sólo para el sostenimiento de la casa más de lo que haría falta a Antonia para un año o para un año y medio quizás. ¿Fué eso culpa mía? Ciertamente no. Yo no dejaba pasar un solo día sin protestar, a menudo sin gritar. Cafiero lo sabe bien, pero todo eso fué inútil porque yo mismo no entendía nada. Por otra parte la casa alimentaba y alojaba a una masa de personas, no había ningún orden, un derroche general de todas las cosas. El orden relativamente muy superior que ha encontrado Antonia (40) fué todo lo que yo supe hacer.

Cafiero debe pedir a N. todas las viejas cuentas que él tiene, aunque no sea más que para no mostrarse injusto respecto de N., porque hay que observar que entre esas cuentas [ilegible] no están sólo las de la administración interior de la casa, hay muchas que conciernen a los trabajos exteriores. Sólo que esos trabajos fueron tan desordenados como lo fué la administración de la casa.

Para los trabajos exteriores [que comprendían el jardín tanto como el camino nuevo] (41), habíamos caído desgraciadamente con dos pillos: el jardinero Molinari y Nicora, el fumista, uno el único jardinero de Locarno, recomendado como tal por Giacomo Fanelli, el otro recomendado por Chiesa. Cafiero sabe todas las tribulaciones que tuvimos con ellos, que

me baste decir que todo el trabajo que hicieron hasta enero, no sólo fué inmensamente dispendioso, no sólo no servía para nada, sino que hasta fué perjudicial y como tal tuvo que ser completamente rehecho. Fué una escuela que yo pagué muy cara. Cafiero sabe qué dificultades tuve que vencer para deshacerme de esos dos cretinos. Sabe que el verdadero trabajo no ha comenzado más que el 18 de enero. Todo lo que se ha hecho y rehecho, emprendido y cambiado tanto en la administración interior de la casa como en la de los trabajos exteriores, no ha sido efectuado sólo con pleno conocimiento de Cafiero, sino que ha sido discutido en todos los detalles y resuelto en común con él, porque yo no he cesado nunca de considerarlo y de tratarlo como el verdadero propietario de la Baronata, y él me ha reprochado a menudo el hacerlo demasiado y [me ha incitado] a parecer como tal, diciendo que él al contrario creía deber simularse a fin de alcanzar mejor el propósito que nos habíamos propuesto.

Tomó igualmente una parte muy activa en las negociaciones que tuvimos a mediados de enero con Paolo Gavirati, el ingeniero Galli, Ruggiero, Luigi Rusca y Giacomo Fanciola por lo que se refiere a los cambios radicales que había que introducir en los trabajos de la Baronata, y me ayudó muy enérgicamente en el asunto de la expulsión de Molinari, que se había hecho absolutamente necesaria. Fué así como se concluyeron en su presencia y con su pleno asentimiento los contratos con Torri para el rancho y el lago (42), con Rossi para la nueva casa (43) y en fin con Cerrutti para el arreglo de la plantación tanto de la huerta como del jardín. Todos estos trabajos y todos estos gastos se ensarzaban y arrastraban necesariamente uno al otro. Es así como teniendo dos vacas y dos caballos hemos tenido que buscar una mujer para cuidar y ordeñar las vacas y un cochero para los caballos. Fué Cafiero mismo quien buscó y nos trajo el cochero, el viejo Beppe, pero los cocheros cuestan caros, el mantenimiento de los caballos y de las vacas que no hemos sabido organizar nunca económicamente, nos ha costado mucho dinero. Ha sido preciso luego construir un gran foso en el estercolero para alimentar las plantaciones en un terreno que durante años había estado sin abonos. Ha sido preciso reconstruir la cuedra que caía en ruinas y que amenazaba aplastar los hombres y los caballos y agregarle necesariamente una cochera para el coche. Para poder plantar ha sido necesario emprender un gran movimiento de tierra y la construcción de muchos muros, para hacer valer la Baronata había que plantar muchos árboles frutales. Yo había considerado con Cerrutti que los gastos de la plantación no pasarían de 3.000 francos, han pasado esa cifra en más de 2.000 comprendidos todos los gastos. Como la Baronata ante todo carecía de agua, era preciso absolutamente construir la cisterna del medio tal como nos fué propuesta por Ruggiero y aceptada por Cafiero tanto como por mí. Luego una vez decidido que la nueva casa grande sobre la montaña sería construída, era preciso hacer el lago, porque de otro modo no habría piedras para la fábrica, era preciso igualmente construir la nueva ruta viable, porque sin ella la construcción de la nueva casa habría costado el doble. Todo eso fué discutido, probado, adoptado de común acuerdo. Y Cafiero había tomado una parte activa en todas esas discusiones y resoluciones.

(Concluirá en el próximo número)

NOTAS

(1) El joven Emilio Bellerio, hijo de Carlos Bellerio, refugiado milanés que habitaba desde hacía largos años en Locarno, hombre de sentimientos liberales y sociales, pero que no compartía las ideas de Bakunin, fué durante todos los años que Bakunin pasó en Locarno y en Lugano, desde los últimos meses de 1869 hasta la víspera de su muerte, su amigo inalterable, que le prestó servicios desinteresados y tenía toda su confianza.

(2) Olimpia Kutosova, una nihilista rusa, cuya hermana, Elena, era la mujer de V. Saitsef, que habitaba entonces en Locarno y desde 1872 estuvo en relaciones casi cotidianas sociables, no de militancia, con Bakunin.

(3) Vuelto a Locarno el 22 de octubre de 1872, Bakunin fué visitado por Cafiero del 4 al 11 de noviembre y a partir del 23 de diciembre, cuando Cafiero y Carmelo Palladino llegan juntos. Faltan tales fechas precisas para 1873; cuando el ruso N. Sokolof llegó, el 17 de enero, Cafiero no estaba ya y no lo menciona en sus recuerdos de Locarno, que terminan el 10 de marzo. El 16 de marzo de 1873 Cafiero fué detenido en Bolonia por 54 días. Bakunin anotó el 29 de diciembre de 1872, cuando Cafiero y Palladino están en su casa: "hablado de nuestros asuntos. Resolución de las más íntimas entre los hermanos", — hecho para mí inexplicable, pero que — pura hipótesis — ¿podría aplicarse a la proposición de Cafiero?

(4) Cafiero, después de su prisión, había ido a Barletta, para liquidar su fortuna por la venta de tierras, etc., lo que llevó tiempo.

(5) Fué Malatesta, que partió de Locarno después de las noticias llegadas en julio, de las insurrecciones en varias localidades de España. Fué detenido en Barletta tres días después de su llegada y pasó seis meses en prisión, de manera que su consejo faltó a Cafiero y a Bakunin en toda la primera mitad de la historia de la Baronata. Era él quien habría acompañado a Bakunin si hubiese podido ir a España.

(6) Del 20 de mayo, cuando Cafiero llega con Fanelli a Locarno, el 18 de junio de 1872.

(7) Bakunin partió de Locarno el 27 de julio y la mañana del 28 llegó, en diligencia, a Splügen (Ticino), sobre una frontera menos frecuentada de Italia. Ese mismo día escribe la Memoria presente y la terminó el 29, partiendo entonces, con Ross, para Italia; en diligencia, primero a Colico, y por Lecco, Brescia, Bergamo, Verona (de donde Ross vuelve a Locarno por vía directa) a Bolonia, donde llegó la noche del 30. El gran libro de cuentas es mencionado en una carta de Cafiero a Bakunin, del 3 de noviembre de 1874.

(8) Remigio Chiesa, joven tessinés de aspiraciones políticas locales, atraído por el prestigio de Bakunin, le presta algunos servicios, como el de hacer elegir a Bakunin ciudadano de la comuna tessinés de Auressio, primer paso para obtener por una naturalización suiza un ple firme en Suiza donde le amenazaban siempre la expulsión o el internamiento. No fué sino en 1875 cuando por el apoyo de Gavirati y la intervención del jefe político Battaglioni obtuvo un permiso de permanencia por cuatro años en Lugano. Chiesa, que tenía toda su confianza, se puso a hacer en el otoño de 1875, período en el cual en diciembre el partido clerical triunfó en el Ticino, un juego político hipócrita favorable a los clericales, lo que le eliminó de la sociedad y de la estima de Bakunin y de Bellerio.

(9) Paolo Gavirati, un viejo farmacéutico tessinés, muy buen hombre, daba su apoyo y su experiencia local a Bakunin, en quien respetó al revolucionario infatigable sin compartir sus ideas.

(10) Xavier Kwiatkowski, el padre de la señora Bakunin, que había llegado con esta y los hijos de Siberia el 13 de julio de 1874.

(11) Esta parte de la frase no es continuada.

(12) Debagorio Mokrievitch, que visitó la casa con Ross y Bakunin, en agosto de 1873, antes de ser habitada, la describe en sus recuerdos, publicados en ruso en febrero de 1895, como casa de un piso, de muros descoloridos, antiguamente amarillos, muros de piedra muy sólidos que le daban la apariencia de una pequeña fortaleza, construída sobre una montaña escarpada, lo que hacía oscuras las habitaciones de atrás; aire húmedo y enmohecido en el interior. Un pequeño huerto ascendía la montaña por detrás.

(13) El doctor Jacobi, médico ruso, en relaciones con Bakunin ya en 1864, cuñado de Saitsef, pertenecía como este al ambiente ruso simpatizante, no militante, Jacobi, por lo demás, cuando habitó en Turín, en 1871, se interesó por la Internacional.

(14) Esto está escrito bajo la influencia del cambio de actitud completo de Cafiero respecto de Bakunin a partir del 15 de julio, como se verá en el curso del relato.

(15) En octubre de 1873. Durante ese tiempo Bakunin estuvo ausente tres o cuatro semanas en Berna, en septiembre.

(16) Waleryan Mroczkowski, que con su mujer, la princesa Z. J. Obolenska, habitaba entonces en Mentón donde fué fotógrafo, y que estuvo de visita en Locarno ese verano de 1873. Camarada y amigo de Bakunin desde hacía mucho tiempo, pero más militante entonces, sus cualidades para trazar planos de casas son desconocidas.

(17) Este es uno de los arquitectos, empresarios, comerciantes, proveedores y otros individuos locales que viendo que Cafiero o Bakunin disponían verdaderamente de sumas sólidas de dinero entonces, y que carecían de experiencia y eran fáciles de persuadir, inclinándose ante especialistas, se daban por misión arrastrarlos a gastos siempre crecientes, en tanto que veían que había dinero.

(18) No se perderá de vista que todo esto no ha existido nunca. La gran casa ha quedado en el papel de Ostroga, y la casa pequeña estaba en plena construcción en junio-julio, cuando llegó Ross y cuando los trabajos desmesurados fueron reducidos o suspendidos. Bakunin, de octubre a julio, ha habitado en la antigua casa, descrita como húmeda.

(19) Los rusos revolucionarios en esos años tenían a menudo una fe ciega en la ciencia, superando al menos sus resultados con la imaginación. De Jacobi me ha dicho Bellerio que en julio de 1874 desaprobó la actitud de Cafiero ante Bakunin.

(20) En agosto de 1873.

(21) Comienzos de julio de 1874.

(22) Lo que había pasado en Alcoy, en San Lucar de Barrameda y en otras pocas localidades bajo la égida de la Internacional, había quedado aislado. La participación de internacionales, individualmente, en las insurrecciones cantonalistas no había extendido tampoco esos movimientos, ni les imprimió un carácter verdaderamente social. Y lo que ha debido afectar a Bakunin más cerca, lo que se hizo y no se hizo entonces en Barcelona y en Cataluña estaba por encima de las esperanzas de todos. Bakunin ha debido saber algo del verdadero fondo de esas cosas, cuando los delegados de España al congreso de Ginebra le visitaron en Berna en septiembre.

(23) La Alianza de los socialistas revolucionarios, bajo la forma que le habían dado las conferencias celebradas en Zurich en septiembre de 1872.

(24) Algunas semanas después, en septiembre, apareció la publicación infame, infamante para sus firmatarios, que son: Eugène Dupont, F. Engels, Leo Frankel, C. Le Moussu, Karl Marx, Auguste Serrallier, *L'Alliance de la Démocratie socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs* (Londres y Hamburgo, 1873, 137 págs. 8°), en la que han colaborado sobre todo F. Engels, Paul Lafargue y N. Utin, y también Karl Marx. Ese libelo fué traducido en alemán (1874; reimpresión en 191- o 192-), edición de socialdemócratas; en italiano (1901, Roma, Mongini) y en una edición de Opere de Marx, Engels, Lassalle, 190-. Las más groseras injurias y viles calumnias llueven pues sobre Bakunin en el momento mismo en que acaba de ejecutar ese plan de retiro ficticio. Felizmente la heroicidad de Marx y de sus creaturas promovió tal disgusto que nadie quiso tocar eso y, salvo el "Volksstaat" de Leipzig, donde se le hizo reclame en artículos sobre "Bakunin-Cagliostro", pocos periódicos se han ocupado de él.

Se tenía entonces desde el 1 de mayo de 1873 en circulación la *Memoire* de la Federación jurasiana, volumen de 285 y de 140 págs., que aclara muchas cosas que había embrollado la polémica marxista desde 1869, pero yo pienso que hasta los artículos del socialista político ginebrino Louis Héritier en la "Berliner Volkstribüne", alrededor de 1890, sobre la Internacional, ningún socialdemócrata ha hablado y probablemente sabido de la existencia misma de esa *Memoire* tan documentada, compuesta por James Guillaume. Así Engels ha vomitado fuego y llamas contra Héritier en una carta publicada entonces. Héritier combatía a los anarquistas, lo sé bien, pero abrió la primera brecha en las murallas de la calumnia, que Marx y Engels habían erigido alrededor de Bakunin y de sus camaradas.

(25) Después de la muerte de su padre en 1856, y de su madre en 1864, Bakunin tenía el mismo derecho que sus hermanos y hermanas a su parte de la herencia común, que sin embargo, dado su estado de prisionero en vida, civilmente muerto, fugitivo en el extranjero, no podía reclamar públicamente en Rusia y que sus hermanos no podían remitirle públicamente. Sin rehusar nunca, fueron muy dilatorios y durante todos esos años hasta 1876 Bakunin tuvo que hacer esfuerzos discretos y secretos, que terminaron en 1876, pocas semanas antes de su muerte, y en proporciones por debajo de las expectativas.

(26) Cuando en marzo de 1874 han debido llegar a las autoridades federales suizas de Berna, rumores hechos circular por espías italianos, Bakunin escribió una carta ostentativa (que no conozco), que su amigo el profesor Adolf Vogt de Berna debía hacer valer entre sus relaciones gubernamentales en Berna (todos radicales, que se encontraban amistosamente en la velada en la taberna entonces — *tempi passati!*). Agrega sin embargo una carta marcada "confidencial", del 4 de abril de 1874, que comienza: "Mi querido amigo — no quiero engañarte. No soy de ningún modo tan inocente como me doy el aire de serlo, pero mis medidas están tan bien tomadas que, aunque se revolviere el mundo entero, sería absolutamente imposible encontrar y presentar solamente la sombra de una prueba contra mí", etc. (v. mi Biografía de 1900, pág. 787).

(27) Estas cartas fueron escritas al Journal de Genève (publicada el 25 de septiembre) y *Aux Compagnons de la Fédération jurassienne* (publicada el 12 de octubre en el *Bulletin*). Una última palabra a "M(onsieur) Marx" que, por el folleto "L'Alliance"... ha asumido públicamente el papel de un agente de policía delator y calumniador" y palabras retrospectivas y de buen consejo para el porvenir a los camaradas jurasianos forman la base de esas cartas notables.

(28) Hay que recordar que la Baronata estaba a más de media hora de distancia de Locarno, elegida justamente por estar lejos de la ciudad gran camino de Locarno a Bellinzona pasa delante de ella. Se iba de la ciudad a ella en barca o por esa carretera. En esas condiciones el coche no era un gran lujo para un hombre enfermo que andaba mal y que sin algún vehículo habría sido clavado a la casa.

(29) Una cura radical, muy famosa entonces, para adelgazar.

(30) Ese viejo fué el padre de Vincenzo Pezza, tan activo en la Internacional en 1871-72 y que murió de tisis en Nápoles a comienzos de 1873, donde Cafiero le había enviado para atenderse.

(31) Giacomo Fanciola, del Albergo al Gallo, donde Bakunin había permanecido largo tiempo en 1872-73.

(32) Bakunin pasó en Berna el mes de septiembre y algunos días de octubre todavía. V. *L'Int.*, de Guillaume, III, pág. 141-2. Habitaba en casa de su amigo y médico, el profesor Vogt. Queda en contacto múltiple con Guillaume durante el congreso de la Internacional, celebrado en Ginebra (1-6 de septiembre), después de lo cual una parte de los delegados le visitan en Berna. Se preocupa de sondear por medio de Vogt las disposiciones de sus amigos o compadres del gobierno federal en cuanto a él, puesto que sus relaciones constantes con los revolucionarios italianos y su presencia en Locarno, tan cerca de la frontera, eran muy mal vistas en Berna. Entonces justamente aparece el panfleto delator de los marxistas, *L'Alliance...* (v. notas 24 y 25) y fué quizás una verdadera necesidad para él malograr ese golpe con esa carta al *Journal de Genève* que anuncia también su retiro. Ha debido luchar entonces, como de nuevo en octubre de 1874, para evocar un poco de respeto a las libertades humanas en esos señores radicales. Así en 1874 compra ante todo ropas y zapatos, algunos días después con los Vogt y Reichel, visita al mismo presidente federal Schenk en el campo, en Twann. En una palabra, debía maniobrar así, imponerse a esos señores, amos del territorio suizo, como gentilhombre ruso por decirlo así y conversador encantador y huésped de mesa y de cabaret: eso les imponía mucho más que la hospitalidad y el derecho de asilo. Y para ello era preciso indumentaria conveniente. Así se explican esas historietas de la ropa, que ocupan todo un capítulo del "romanzó storico" de Bacchelli, que las expone en la forma más absurda.

(33) Ludovico Nabruzzi, de Ravenna, de la Internacional desde 1871, un camarada de toda confianza, pero que no estuvo, pienso, nunca, ni entonces ni más tarde, en verdadera armonía con la mayor parte de los camaradas.

(34) Si Guillaume (*L'Int.*, III, pág. 181, nota 3) supone que esos españoles fueron "quizás Farga y Viñas", que habían estado en el congreso de Ginebra (1 al 6 de septiembre), dudo que tenga razón. No habrían tardado tanto tiempo en regresar después de un congreso. Para mí este detalle queda sin aclarar.

(35) Guillaume dice, con el mejor derecho, me parece: "...esta perifrasis designa a Costa". La señora Bakunin, para quien Bakunin escribe no sabía todavía nada de Costa. Pero es siempre una suposición.

(36) Gambuzzi me dijo en 1899 que Fanelli estuvo en el más alto grado de descontento de lo que vio en la Baronata. Ha querido esperar quizás el regreso de Bakunin de Berna. Tal vez no ha vuelto más; no se habla más de él.

(37) Los arreglos decididos en principio antes de

la partida de Bakunin habían recibido su primera realización por tanto en su ausencia. Se entró por tanto en el mal camino sin Bakunin; no puedo decir si en presencia o ausencia de Cafiero.

(38) Las razones para emplear a Nabruzzi me son desconocidas, si no fué para tener en él, para todos los planes conspirativos y las preparaciones de acciones violentas, un hombre de toda confianza, considerado hombre de puños y que ha debido estar sin trabajo y otros motivos y pareció bien dispuesto.

(39) Nabruzzi había quedado, como resulta del testimonio de Louis Pindy sobre enero de 1874. Según Guillaume (III, pág. 181, nota 5) fué despedido en la primavera de 1874. Saitsef de acuerdo a lo que la señora Cafiero ha comunicado a Guillaume (III, pág. 182, nota 2) estuvo ese invierno en Mentón, y su mujer con su hermana Olimpia, que llegó a ser bien pronto la compañera de Cafiero, habitaron en la Baronata, la primera hasta la primavera cuando volvió Saitsef, la segunda hasta su partida para Rusia en febrero o marzo. De allí no se le permitió volver a entrar en Suiza y fué entonces cuando Cafiero hizo el viaje a San Petersburgo, se casó legalmente con ella el 27 de junio y entonces se le tuvo que dejar salir, de suerte que han entrado en Locarno en los primeros días de julio de 1874. Así la señora Cafiero ha conocido perfectamente lo que Cafiero y Bakunin han podido hacer de cosas poco prácticas, durante varios meses, y su hermana tenía también plenos poderes para poner remedio, y habrá hecho lo que pudo.

(40) Llegada el 13 de julio de 1874 solamente.

(41) Se trata de un camino a abrir en la montaña hasta la nueva casa hecha arriba, en lugar de los senderos, empresa que habría aumentado en valor una propiedad burguesa, pero que para Bakunin que salía poco de su habitación, y para los jóvenes revolucionarios recibidos como huéspedes, era verdaderamente de una inutilidad manifiesta.

(42) Ronco, callejón sin salida, una parte final del camino o de la ruta por tanto. El lago es una cisterna más grande, para la casa nueva, en la excavación que se haría para la extracción de las piedras para la construcción de la casa. Operación que no tiene nada de extraordinaria cuando se construye sobre un terreno pedregoso escarpado. Pero se habló a personas que no habían visto el terreno, como si Bakunin frente al Lago Maggiore hubiese querido hacer cavar otro lago! Así se desnaturalizan las cosas.

PASA UNA MANIFESTACION PATRIOTICA



El burgués zonzo - ¡Digna juventud que no se contamina con ideas extrañas que perjudican mi bolsillo!

"LA PROTESTA"

—Diario, y el—

SUPLEMENTO

— Revista quincenal —

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Págo adelantado
 Todo importe remítase a nombre de
 Mariano Torrente: Calle Perú 1537,
 Buenos Aires

ERRICO MALATESTA

PAGINAS VIEJAS

"ANARQUISTAS" ELECCIONISTAS

Como no hay y no puede haber ninguna autoridad que dé o quite el derecho a llamarse anarquistas, estamos obligados de tanto en tanto a señalar la aparición de algún convertido al parlamentarismo que continúa, al menos por un cierto tiempo, declarándose anarquista.

No hallamos nada de malo, nada de deshonroso en el cambio de opinión, cuando el cambio es causado por nuevas convicciones sinceras, y no por motivos de interés personal; pero quisiéramos que uno dijese simplemente lo que se ha vuelto y lo que ha dejado de ser para evitar equívocos y discusiones inútiles. Pero tal vez esto no es posible, porque el que cambia de ideas, generalmente al principio no sabe él mismo dónde irá a parar.

Por lo demás, lo que nos ocurre a nosotros, ocurre, y en proporciones mucho mayores, en todos los movimientos políticos y sociales. Los socialistas, por ejemplo, han debido sufrir que se llamasen socialistas explotadores y politicantes de todas las especies; y los republicanos están obligados hoy a soportar que ciertas figuras vendidas al partido dominante usurpen nada menos que el nombre de mazzinianos.

Afortunadamente el equívoco no puede durar largo tiempo. Bien pronto la lógica de las ideas y la necesidad de la acción inducen a los pretendidos anarquistas a renunciar espontáneamente al nombre y a ponerse en el puesto que les compete. Los anarquistas eleccionistas que han despuntado en varios ocasiones han abandonado todos más o menos rápidamente el anarquismo, así como los anarquistas dictatoriales o bolcheviques se convierten pronto en bolchevistas hechos y derechos, y se ponen al servicio del gobierno ruso y de sus delegados.

El fenómeno se ha reproducido en Francia en ocasión de las elecciones de estos días. El pretexto es la amnistía. "Millares de víctimas gimen en las prisiones y en los presidios; un gobierno de izquierda daría la amnistía; es deber de todos los revolucionarios, de todos los hombres de corazón el hacer lo que se pueda para hacer salir de las urnas los nom-

bres de aquellos políticos que, se espera, darían la "amnistía". Esta es la nota que domina en los razonamientos de los convertidos.

Los compañeros franceses deben prestar atención. En Italia hubo la agitación en favor de Cipriani, prisionero que sirvió de pretexto a Andrea Costa para arrastrar a los anarquistas romagnolos a las urnas, e iniciar así la degeneración del movimiento revolucionario creado por la primera Internacional y acabar por reducir el socialismo a un medio de entretener a las masas y asegurar la tranquilidad de la monarquía y de la burguesía.

Pero verdaderamente los franceses no tienen necesidad de venir a buscar los ejemplos de Italia, puesto que los tienen, y elocuentísimos, en su historia.

En Francia, como en todos los países latinos, el socialismo nació, si no precisamente anarquista, por lo menos antiparlamentario; y la literatura revolucionaria francesa de los primeros diez años después de la Comuna abunda en páginas elocuentes, debidas entre otras a las plumas de Guesde y Brousse, contra la mentira del sufragio universal y la comedia electoral y parlamentaria.

Después, como Costa en Italia, los Guesde, los Massard, los Deville y más tarde el mismo Brousse, fueron conquistados por el deseo ardiente del poder, y tal vez también por la voluntad de conciliar la fama de revolucionarios con el vivir tranquilo y las ventajas pequeñas y grandes que alcanzan a quien entra en la política oficial, aunque sea como opositor. Y entonces comenzó toda una maniobra para cambiar la orientación del movimiento y para inducir a los compañeros a aceptar la táctica electoral. Mucho sirvió entonces también la nota sentimental: se quería la amnistía para los comunistas, era preciso libertad al viejo Blanqui que moría en la prisión. Y con esto cien pretextos, cien expedientes para vencer la repugnancia que ellos mismos, los tráfugas, habían contribuido a hacer nacer en los trabajadores contra el eleccionismo, y que por otra parte era alimentada por el recuerdo todavía vivo de los plebiscitos napoleónicos y por las masacres perpetradas en junio de 1848 y en mayo de 1871 por la voluntad de las asambleas surgidas del

sufragio universal. Se dijo que era preciso votar para contarse, pero que se votaría por los inelegibles, por los condenados, o por las mujeres, o por los muertos: otros propusieron votar en blanco o con un pensamiento revolucionario; otros querían que los candidatos dejasen en manos de los comités electorales cartas de dimisión para el caso en que fuesen elegidos... Después cuando la pera estuvo madura... es decir cuando la gente se dejó persuadir y fué a votar, se quiso ser candidatos y diputados en serio: se dejó a los condenados languidecer en prisión, se renegó del antiparlamentarismo, se dijo pestes del anarquismo; y Guesde, a través de cien palinodias, terminó siendo ministro del gobierno de la "unión sagrada". Deville se hizo embajador de la república burguesa, y Massard, creo, algo peor todavía.

Nosotros no queremos poner en duda preventivamente la buena fe de los nuevos conversos tanto más cuanto que entre ellos hay un par con los que hemos tenido vínculos de amistad personal. En general estas evoluciones — o involuciones si se quiere — comienzan siempre de buena fe: después, la lógica empuja, el amor propio se mezcla, el ambiente vence... y se vuelve uno lo que antes repugnaba ser.

Tal vez en esta circunstancia no ocurrirá nada de lo que tememos, porque los neo-convertidos son pocos y es muy poca la probabilidad de que encuentren amplias adhesiones en el campo anarquista, y aquellos compañeros o ex-compañeros reflexionarán mejor y reconocerán su error. El nuevo gobierno que será instalado en Francia después del triunfo electoral del block de la izquierda, les ayudará a persuadirse de que hay poca diferencia entre él y el gobierno precedente, no haciendo nada bueno — ni siquiera la amnistía! si la masa no se lo impone con su agitación. Nosotros trataremos desde nuestro punto de vista de ayudarles a entrar en razón con algunas observaciones, que por lo demás no deberían ser nuevas para el que había aceptado ya la táctica anarquista.

Es inútil que se nos venga a decir, como hacen aquellos buenos amigos, que un poco de libertad vale más que la tiranía brutal sin límite y sin freno, que un horario razonable de trabajo, un salario que permite vivir un poco mejor que los animales, la protección de las mujeres y de los niños son preferibles a una explotación del trabajo humano hasta el agotamiento completo del trabajador, que la escuela del Estado, por mala que sea, es siempre mejor desde el punto de vista del desenvolvimiento moral del niño que la impartida por los curas y los frailes... Convenimos en ello de buena gana; y convenimos también que puede haber circunstancias en que el resultado de las elecciones en un Estado o

en una Comuna, puede tener consecuencias buenas o malas y que ese resultado podría ser determinado por el voto de los anarquistas si las fuerzas de los partidos en lucha fuesen casi iguales.

Generalmente se trata de una ilusión; las elecciones, cuando estas son tolerablemente libres, no tienen más que el valor de un símbolo: muestran el estado de la opinión pública, que se habría impuesto con medios más eficaces y resultados mayores si no se le hubiese ofrecido la válvula de escape de las elecciones. Pero no importa: aunque ciertos pequeños progresos fuesen la consecuencia directa de una victoria electoral, los anarquistas no deberían acudir a las urnas y cesar de predicar sus métodos de lucha.

Puesto que no es posible hacerlo todo en el mundo hay que elegir la propia línea de conducta.

Hay siempre una pequeña contradicción entre las pequeñas mejoras, la satisfacción de las necesidades inmediatas y la lucha por una sociedad seriamente mejor que la existente.

El que quiere dedicarse a hacer colocar urinarios y fuentes donde es necesario, el que quiere gastar sus energías para obtener la construcción de una calle, o la instalación de una escuela municipal, o una leyecita cualquiera de protección al trabajo, o la destitución de un polizonte brutal, tal vez hace bien en servirse de su papeleta electoral prometiendo el voto a este o a aquel personaje poderoso. Pero entonces — pues si se quiere ser "prácticos" es preciso serlo de veras — entonces mejor que confiar en el partido más afín, es hacer la corte al partido dominante, servir al gobierno que existe, hacerse agente del prefecto o del alcalde en funciones. Y en efecto los neo-convertidos de que hablamos no proponían ya votar por el partido más avanzado, sino por el que tenía más probabilidades de éxito: el block de las izquierdas.

¿Pero dónde se va a terminar así?

Los anarquistas han cometido ciertamente mil errores, han dicho cien despropósitos, pero se han mantenido siempre puros, y permanecen el partido de la revolución por excelencia, el partido del porvenir, ya que han sabido resistir a la sirena electoral.

Sería verdaderamente imperdonable hacerse atraer al propio abismo ahora que se aproxima a grandes pasos nuestra hora.

MAYO DE 1924.



G. BASTIEN

Anarquismo y cooperación

(Véase las págs. 513-516 y 544-547)

COOPERATIVA DE MANO DE OBRA

Si la cooperativa de producción integral no ha tenido mucha éxito, en cambio han surgido otras formas de asociación del trabajo y han probado su vitalidad.

Son la cooperativas de mano de obra. Bajo formas diversas, los *bracchianti* en Italia, los *artels* en Rusia, las *guildas* en Inglaterra y Alemania, la *comandita* de ciertas corporaciones, de obreros asociados, sin ser propietarios de la obra, de sus instrumentos o de los materiales, contratan colectivamente el trabajo y se reparten el precio, según sus propias decisiones.

Hay ahí una forma de cooperación bastante interesante y que puede aplicarse a servicios públicos o a ciertos grandes trabajos, una forma en todo caso muy superior a los ejércitos industriales soñados por los colectivistas autoritarios, que deja a los trabajadores, sino la propiedad del producto de su trabajo, al menos la libertad de administración, la conciencia de no estar ya bajo la dominación de un amo.

Tales cooperativas de mano de obra, trabajando para la comunidad, sabrían no ser explotadas y conservarían su autonomía en el trabajo.

OTRAS COOPERATIVAS

Para no prolongar esta enumeración, citaré sumariamente otras formas, numerosas y variadas, de cooperación.

Las cajas rurales de crédito mutuo, muy difundidas por el mundo, pertenecen a varios tipos, desde la sociedad casi capitalista — género *Schulze-Delitsch* — hasta la sociedad de solidaridad pura — género *Raiffensen*. Las cajas de cooperación de crédito tienen por fin el préstamo de esas sumas a agricultores, artesanos o pequeños propietarios. No nos interesan más que como simple mención.

Se citan varios ejemplos de cooperativas de pescadores, que tienen incluso su fábrica de conservas. Ese género puede relacionarse con la cooperación de producción.

Hay cooperativas universitarias, de ediciones, de enseñanza, etc.

En fin, un género de cooperación que se ha desarrollado mucho, es el de las cooperativas de construcción — propietarias — de alojamiento — locatarias —. Se encuentran algunas en Francia, muchas en América y en Inglaterra. Algunas son simples sociedades de préstamos (*loan and building so-*

cieties); otras son verdaderas empresas de construcción en serie. Algunas hacen construir o compran casas y las alquilan a inquilinos cooperadores, lo que permite disminuir el precio de los alquileres, o mejorar el confort de las habitaciones por instalaciones de luz, de calefacción, de salas comunes, etc. También ese ejemplo debe hacernos reflexionar. Esas cooperativas de alojamiento son muy superiores — y están en una mejor vía libertaria — que las teorías autoritarias que quisieran dar a un poder cualquiera la misión de alojarnos.

Sin eternizarnos en una enumeración seca y monótona, los esbozos del movimiento cooperativo hechos más arriba nos muestran que, en todos los dominios de la actividad humana, la cooperación ha sabido abrirse un camino.

Las cooperativas no han tenido necesidad de conquistar las municipalidades, ni los parlamentos. Consumidores, obreros, campesinos, inquilinos, han experimentado la necesidad de libertarse de una explotación. Se han asociado espontáneamente y han creado, por sus propias fuerzas, un organismo que ocupa el puesto y la función del explotador, lo que permitió a los adherentes no acordarle más que los beneficios obtenidos a costa de ellos. Cuando se quiere destruir algo, es preciso tener algo mejor con que reemplazarlo.

Me complazco — haciendo abstracción de las cuestiones de personas y descuidando las desviaciones inherentes a la mentalidad actual — en constatar que la cooperación es un principio que lleva en sí la fórmula de la organización social del porvenir, la asociación libre y espontánea de los interesados.

EL PROGRAMA COOPERATIVISTA

Los *pionniers* de Rochdale habían elaborado, en su fe, un programa un poco grandilocuente, del cual algunas partes hacen sonreír, pero del cual otras son del más bello idealismo, señalado en el rincón del buen sentido y de la práctica.

Hemos visto que los *Owen*, *Buchez*, *Fourier*, *Proudhon*, *Louis Blanc* y otros habían hecho de la cooperación una de las piedras fundamentales de sus programas sociales.

La ola marxista, al tratar eso de utopías, y al fundarse en una evolución materialista, histórica y un poco metafísica, casuística y embrollada de la economía social, había hecho pasar al segundo plano esos ensayos, calificados de utópicos, de cooperación.

Tomar el poder, por todos los medios, y luego transformar la sociedad desde arriba, por las vías y los medios de la autoridad, eso era mucho más simple, ... más simplista.

Y se ha hecho una política que no podía culminar y que no ha culminado más que en traiciones, en compromisos, en divisiones, en desalientos.

La utopía, durante ese tiempo, mientras que se batallaba en el terreno electoral, hacía su trayecto de camino. La cooperación crecía, crecía, y se ha convertido en una de las grandes fuerzas del movimiento social.

Las teorías *fourieristas*, *proudhonianas* y otras habían sido dejadas en el olvido. Pero un movimiento que crece acaba siempre por trazarse un programa, por fijarse un ideal que es el faro que le muestra el puerto, el porvenir. La ambición de volar crece con las alas.

Las asociaciones cooperativas agrícolas, de crédito y de construcción no tienen ideal social, eso se concibe. Agrupaciones de pequeños propietarios y *patrones*, no piensan más que en sus beneficios personales; son conservadores. Quizás la evolución las lleve más lejos de lo que creen y quieren; pero por el instante, sería exagerado hablar de su programa social.

Las cooperativas de producción tienen un ideal: eliminar el patronato; reemplazarlo por asociaciones obreras; lo que las aproxima singularmente al nuestro, pero su realización parece tan lejana que no se le toma apenas en consideración... por el instante.

Las cooperativas de consumo, dispersas por todas partes, fuertes, numerosas, ricas, poderosas, son aproximadamente las únicas que afirman un programa social, cuyos rasgos principales se encuentran en Francia en las obras de *Charles Gide*, y en la "Republique coopérative" de *Ernest Poisson*, secretario de la federación nacional de las cooperativas de consumo.

Naturalmente, como eso se concibe de parte de gentes que están a la cabeza de un movimiento importante, es un programa imperialista el que han forjado, el imperialismo de la cooperación de consumo, imperialismo que desprecia, desdeña y quiere someter las otras formas de la cooperación, y pretende convertirse, mañana o pasado mañana, en el único organismo dirigente de la vida económica.

Según esos teóricos, más dialécticos que científicos, el consumo es todo. El resto: producción, trabajo, cambios, etc. no es hecho más que para el consumo. Hasta ahí eso es perfecto y justo; no se trabaja más que para consumir; nadie pondrá en duda esta verdad elemental.

Pero se ha ido más lejos. Los cooperativistas han tomado la contraparte de la teoría de *Karl Marx*, que dice que la creación del capital, de la fortuna, de la riqueza, proviene del hecho que el salario no es pagado en su justo valor. La diferencia entre los salarios pagados, más los gastos generales, y el precio de venta de los productos constituye una plusvalía que es el beneficio del explotador. Tal es la teoría marxista, que dice por tanto que el beneficio se deriva del robo hecho a los asalariados.

Los cooperativistas dan vuelta a la cuestión, y pretenden que esa plusvalía, o ese beneficio, que se transforma en riqueza y capital, proviene de que se hace pagar al consumidor los productos a un precio superior a su justo precio, que debería comprender únicamente los precios de reventa: salarios, gastos generales, etc.

Esa discusión es una tautología. Es evidente que los unos y los otros dicen la misma cosa, colocándose en un punto de vista diferente: producción o

consumo. En realidad, el beneficio proviene de deducciones operadas por los explotadores-comerciantes entre el momento en que el producto es entregado por el trabajador y aquél en que es comprado en última instancia por el consumidor. Como decía *Proudhon*, en otros términos, el beneficio (siendo la propiedad beneficio acumulado) proviene de múltiples derechos de peaje deducido sobre la vida económica por los privilegiados de la sociedad.

Esta discusión parece ociosa, pero las consecuencias lo son menos. Partiendo de su teoría especial del beneficio, los cooperativistas de dicha escuela pretenden que al crear el beneficio el consumidor, al crear la riqueza, es natural que esa riqueza, que ese beneficio le corresponda, y que las asociaciones de consumidores deben reivindicar el capital social y, por consiguiente, organizar la producción.

Y de esta teoría, de lógica un tanto forzada, se deriva todo un programa positivo y constructivo que es el programa cooperativo de consumo.

Programa resumido en este pasaje de la resolución de 1912, que se ha llamado el Pacto de la unidad cooperativa de Francia:

"La Unión de las cooperativas y la confederación de las cooperativas, deseosas de poner fin a un estado de división,

"Se ponen de acuerdo sobre los principios esenciales de la cooperación, tales como han sido formulados por los *pionniers* de Rochdale y aplicados desde entonces con un éxito creciente por millones de trabajadores en todos los países:

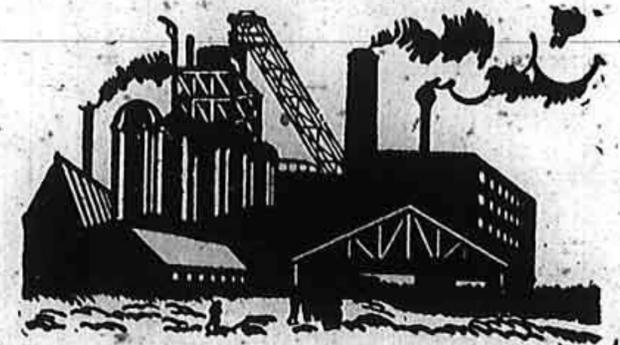
1.º Sustitución del régimen capitalista y de competencia actual por un régimen en que la producción sea organizada en vista de la colectividad de los consumidores, y no en vista del beneficio;

2.º Apropiación colectiva y gradual de los medios de cambio y de producción por los consumidores asociados".

Esta resolución define bien el programa cooperativista. Supresión gradual y lenta del beneficio comercial por las cooperativas que se ponen en lugar del comercio. Ante todo el comercio al por menor, luego el mediano, después el del por mayor, gracias a las fuertes sociedades de desenvolvimiento, a los almacenes por mayor nacionales, y hasta a un almacén internacional al por mayor que se espera poner en pie pronto.

Luego, como ya existe eso, con más o menos importancia en ciertos países, las cooperativas organizan la producción, crean fábricas, las hacen funcionar.

Así, partiendo del comercio al por menor hasta la fabricación, y los transportes, la cooperación se haría dueña de toda la organización económica de la sociedad.



Eliminar al comerciante primero, después todos los otros intermediarios, después el patronato, después las finanzas mismas por la creación de bancas cooperativas, esa es la primera parte del programa de la república cooperativa.

Los beneficios comerciales, patronales, financieros y otros son adquiridos así por las cooperativas, una partes es devuelta bajo la forma de bonificaciones a los cooperadores — para el mejoramiento inmediato de su suerte — otra parte, que se espera ha de llegar a ser más y más grande gracias a la educación social de los cooperadores, será empleada en crear un capital social, colectivo, indivisible, perteneciente a todos, capital compuesto de mercaderías, de almacenes, de depósitos, de medios de transporte, de construcciones, de fábricas, de máquinas, de terrenos, etc. y de las disponibilidades monetarias necesarias para el funcionamiento de esa organización. Constituida así la propiedad colectiva, sustituiría gradualmente a la antigua propiedad individual y capitalista, se eliminaría una nueva fuente de beneficios, la distribuida a los detentadores de la riqueza bajo forma de alquileres, rentas, intereses, dividendos, etc.

Se le ve, ese programa es grandioso y audaz. Tiene a la transformación radical de la sociedad económica. Mejor todavía; suponiendo que esa república cooperativa sea constituida en todas las naciones, las relaciones internacionales cooperativas, enteramente contrarias a las luchas nacionales de los dirigentes y capitalistas, traerán la paz universal, sólidamente establecida.

He ahí, resumido lo más exactamente que he podido en este cuadro estrecho, el programa cooperativista.

LO QUE NOS SEPARA DE ESE PROGRAMA

Ante todo su injusticia original, su injusticia de principio... Decir que el beneficio y su consecuencia, el capital, es constituido por deducciones sobre el consumo es un poco atrevido.

Así, el señor que no hace nada útil, pero que tiene 100.000 francos de rentas que gastar anualmente, crearía, aunque sin quererlo, beneficio, es decir riqueza veinte veces más que el trabajador agrícola que gana 5.000 francos por año, y no puede gastar más y con razón de peso.

Esta teoría, un poco demasiado sutil, no me parece hecha más que para apoyar, por una dialéctica atormentada, una tesis económica que entraña palpablemente injusticias.

Ciertamente no se trabaja más que para consumir; pero es esa una razón para que el trabajador esté bajo la dependencia del consumidor, que puede ser un productor útil o un parásito?

El trabajador tiene perfectamente el derecho a decir: "Si yo no trabajase, no podría consumir; no tengo de ningún modo la intención de continuar alimentando parásitos que, según estimo, podrán ganar su vida como yo. Tengo la pretensión, justa y legítima, de saber para quien y por qué sudo. Tengo la pretensión, lógica y moral, de querer ser dueño de organizar mi trabajo a mi modo, de acuerdo con mis colegas, desde el momento que no vivo en detrimento de nadie".

Uno de los grandes errores del programa cooperativista de consumo es que mantiene el salariado, poco más o menos tal como está hoy, con todas sus

taras y todas sus injusticias. Los teóricos de dicha doctrina podrán pretender que el obrero tendrá conciencia de no ser explotado; de no enriquecer a nadie, de trabajar para la comunidad, de no ser ya un asalariado, en una palabra. Son argumentos que suenan a falso.

Una ojeada a las fábricas y almacenes cooperativos, nos hará ver que los obreros y empleados no tienen de ningún modo esa conciencia. ¿No ha habido huelgas en las fábricas del Wholesale inglés, en las del M. D. G. francés, en la vidriería obrera que no es administrada — o no lo es más que parcialmente — por los obreros, y en otras partes?

Tal sistema de producción — en el cual los personales no tienen derecho a la administración, no puede funcionar más que manteniendo los cuadros autoritarios del gran capitalismo: dirección, capataces, vigilantes, castigos, multas, despidos, etc. Y por vía de consecuencia lógica, una jerarquía en las funciones y los salarios: las labores más penosas peor retribuidas, las más agradables bien pagadas.

Decir que con tal sistema el obrero tendrá conciencia de no ser asalariado, me parece casi una burla.

La administración — que se decora con el nombre de responsabilidad, inexistente en la realidad — hallándose en manos de los altamente situados, de los depositarios de la autoridad en la organización, estos, ayudados por los medios de presión que se les deja, tenderán a hacerse otorgar ventajas cada vez más grandes, privilegios, a agrandar continuamente la desigualdad existente entre ellos y sus inferiores, y he aquí una aristocracia constituida, la feudalidad de los dirigentes cooperativistas en lugar de la feudalidad capitalista, que ha reemplazado la feudalidad verdadera y propia.

Es que no basta andamiar teorías económicas más o menos sutiles, ni formar organismos; es preciso todavía y sobre todo que el espíritu de justicia y de igualdad esté en la base moral de esas organizaciones.

La república cooperativa, tal como se nos presenta, no es, en definitiva, más que colectivismo autoritario, disfrazado, una especie de Estado cooperativo, con todos los inconvenientes y los abusos de los Estados.

Para administrar tal organización centralizada sería preciso copiar — se hace ya en las grandes sociedades — el régimen parlamentario.

Estamos bien colocados para conocer lo que vale eso. Sería la república de los consumidores como el gobierno francés actual es el gobierno del pueblo, surgido de la voluntad soberana del sufragio universal. La voz de los consumidores asociados tendría muy pocas probabilidades de hacerse oír, y sería sofocada por las discusiones de los personajes consulares del nuevo régimen.

La monarquía ha tenido sus aprovechadores, la república tiene los suyos, la república cooperativa, lejos del control directo de los interesados, podría seguir el mismo camino. Abolir el beneficio, eso está bien, pero a condición de no verlo reconstruirse bajo la forma de otra desigualdad social. Yo creo que el beneficio no será definitivamente eliminado más que por la instauración de la igualdad social absoluta, por la supresión de las jerarquías y de las clases. Que haya especialidades manuales, musculares, intelectuales, técnicas, administrativas, muy bien; una buena organización lo exige; pero no de-

ben tener por consecuencia la distinción entre inferiores y superiores, entre pobres y ricos, entre mal pagados y bien retribuidos. El "Vooruit" de Gante, hace treinta años, se enorgullecía de que su director, Anseele, recibía el mismo sueldo que el obrero manual. ¿Y ha impedido eso que la obra prosperase?

En resumen, el programa cooperativista es maravilloso, pero está demasiado calcado sobre los métodos colectivistas autoritarios, centralistas y jerárquicos.

Hay sobre todo — y Poirson lo ha reconocido en la república cooperativa — el gran inconveniente de no resolver el problema del salariado.

Su error viene de su imperialismo. Es tan ridículo — como lo piden ciertos sindicalistas — ver a los trabajadores que tienen la pretensión de imponer la ley a los consumidores y determinar sus gustos y necesidades, la dictadura de los productores sobre la sociedad tendría tantos inconvenientes — aunque no fuese más que el de que cada corporación querría llevar hacia ella toda la manta — como la dictadura de los organismos de consumo sería injusta y, en ciertos aspectos, inmoral.

No hay por tanto necesidad de salir del dominio de la cooperación para encontrar un justo compromiso. ¿No existen cooperativas de producción, coope-

rativas agrícolas, etc., etc.? Ciertamente, menos poderosas, sobre todo las de producción, que las sociedades de consumo. Pero apoyándose una en otra, ayudándose mutuamente, podrían realizar un magnífico movimiento cooperativo, en el consumo, en la producción industrial, en la agricultura, en los transportes, en todas las ramas de la actividad humana.

Así como el comunismo libertario es opuesto a una república cooperativa centralizada, estatizada, jerarquizada, se aproxima y concuerda incluso en muchos puntos, con la existencia de cooperativas de múltiples formas, en todas las partes de la economía social, autónomas en cuanto a su administración, asociadas entre sí por organismos como los M. D. G. y las federaciones. Antes de que se le haya dado, o impuesto, un programa, el movimiento cooperativista había encontrado ya, por la práctica, las formas de organización, surgidas espontáneamente de su seno, que nosotros podemos estimar capaces de asegurar normalmente el funcionamiento de una sociedad libertaria.

La cooperación — como todo lo que nace del pueblo — es libertaria. Importa que personas imbuidas del espíritu de autoridad y el gobierno no la hagan desviar en su espíritu y comprometer el bello porvenir que promete realizar.

M. PIERROT:

MORAL

Reflexiones sobre la génesis y la evolución de la moral individual

(Véase el número 311, págs. 443-446 de esta revista)

La acción de la opinión ha sido continuada por las religiones. Estas han reemplazado a la opinión. Más exactamente, la opinión se ha convertido en la humilde servidora de la religión.

El amor propio, como la conciencia, no van ante todo más allá de la observancia de la costumbre. La religión sirve, ante todo, para consolidar la armadura social y se confunde con ella.

Pero con el desenvolvimiento de la seguridad, como en los atenenses, después de Salamina, con el del mejoramiento (progreso técnico), se hace una evolución en el sentido de la dulzura y de la libertad. La armadura social pierde su rigidez. El sentido crítico se exterioriza. La conciencia comienza en algunos hombres a poner en tela de juicio las leyes morales establecidas por la costumbre e impuestas por la religión. El comercio y la libertad de los cambios, al facilitar la confrontación de la moral del país con las ideas y las costumbres extranjeras, ayudan a ese trabajo de emancipación.

En realidad, la aparición de una moral libre no ha podido mostrarse más que cuando la libertad estaba ya en pleno ejercicio en la ciudad. Sócrates reconoce la autoridad de las leyes civiles, pero ense-

ña a los hombres a adquirir ellos mismos el control de su vida moral y a no seguir ciegamente la opinión y la costumbre. He abierto el camino al estoicismo y al epicureísmo; pero esas morales individualistas no han podido nacer más que en una civilización donde la libertad individual hubiese triunfado sobre la tiranía del hábito y sobre una religión muy debilitada y sin autoridad. No han sido, por otra parte, seguidas y practicadas conscientemente más que por una minoría de gentes cultas. ¿Quién se ocupa en este momento de la educación de la clase pobre? Por otra parte se han deformado, y su papel social desaparece del todo, cuando la libertad de opinión es suprimida más tarde por la tiranía imperial.

Los preceptores continúan enseñando a los niños ricos la moral estoica. Pero en la práctica la corrupción del poder absoluto se ejerce sobre los adultos. Los patricios y las gentes de plaza deben ser adúladores, serviles, atentos a los caprichos de un amo a menudo sospechoso, al menos están obligados a conformar sus actos de acuerdo a la moral de la corte, no tienen la libertad de obrar según su opinión. Las gentes pequeñas, despreciadas, oscuras, escapan a la vigilancia del poder. Siempre que obedezcan a las leyes civiles, son dueños de su moral. La reli-

glión ancestral, fundada en el patriotismo de la tribu, ha desaparecido. Son desarraigados, no tienen ya hábito tradicional. Se adherirán a toda religión universal que lleve una esperanza a sus aspiraciones, o un consuelo místico, o un lazo de solidaridad: misticismo, cristianismo, maniqueísmo.

De un modo general, toda religión universal, sobre todo en su comienzo, se opone a la costumbre tradicional y patriótica. Está obligada a tener un punto de apoyo en la conciencia individual. Se esfuerza por cultivar y desarrollar el control de sí mismo, cuya utilidad evidente es dominar los impulsos antisociales y asegurar la obediencia al Deber. La observancia de la moral por hábito inconsciente, reforzada por la adhesión de las conciencias, tiene menos a menudo necesidad de la violencia coercitiva de los tiempos primitivos. Cada cual obedece a una creencia y a deberes que juzga justos, legítimos y necesarios. Las religiones se vuelven menos feroces, sino menos autoritarias. Reemplazan la coacción por la protección. Consideran a los hombres como seres de debilidad, dispuestos a volver a caer en el pecado y en el error. La religión de Zoroastro ha empleado la confesión antes del catolicismo para mantener las almas en el buen camino. Todas pretenden dirigirse a la conciencia, no soportan la libertad. Su protección se cambia rápidamente en autoridad y en coacción, incluso las religiones de amor como el budhismo y el cristianismo, ante todo para asegurar su triunfo, luego para conservar su dominación. No pueden soportar el espíritu crítico y persiguen sin tregua a los hombres que no tienen conciencia de sus deberes y mucho más todavía y más despiadadamente a los que se atreven a poner en tela de juicio sino los mismos principios sagrados, la necesidad de los ritos o de algunos de ellos. El protestantismo, que ha querido renovar una moral de libertad, ha conservado el contralor religioso que es bastante estricto en los países bajo su dominio y que es feroz en ciertas sectas. A decir verdad, en este último caso, es la opinión pública, reforzada por la convicción religiosa, la que impone un conformismo estrecho.

Por otra parte, por libre que sea la conciencia, por liberal que sea el ambiente, *no hay moral individual*. Lo que se llama con este nombre no es más que un control que reemplaza al de la opinión o de la religión para la observancia de las reglas sociales. Estas habían nacido desde hacía mucho tiempo. La opinión pública había luchado ya contra el egoísmo primario de todo individuo con sus tendencias a la negligencia, a la cobardía, al acaparamiento. Lo había transformado en parte en amor propio, que no es en suma más que un egoísmo purificado.

Para regular el egoísmo, el amor propio, las pasiones y todos los móviles humanos, el control de sí en una moral individualista se sustituye al de la

opinión o al deber impuesto por la religión. A la coacción ejercida por una opinión autoritaria e ignorante, por los sacerdotes, por las leyes, por un rey o una clase dominante, a la moral fundada en el miedo, sea el temor al Señor, al Gendarme o a la Viruela, a la moral de protección ejercida por un patriarca o por la legislación y que se confunde muy a menudo con la primera, sucede la esperanza de una moral de libertad donde la observancia de las reglas será dejada al control y a la conciencia de cada uno, moral de confianza entre los hombres.

Tal moral no acepta ya, con los ojos cerrados, lo que dicta la opinión y lo que afirma la tradición, ejerce el derecho a cuestionarlo todo. Da más facilidad a los individuos para obrar sobre la evolución de la regla del juego. Permite una regla del juego a las combinaciones múltiples y variables, aun manteniendo los viejos principios de la moral humana: asegurar la seguridad, no crear sufrimientos, sino facilitar, al contrario, la expresión y el desenvolvimiento de la alegría.

Tal ideal promueve numerosas dificultades de aplicación. Todos los hombres no tienen la misma fuerza de control. La opinión tendrá siempre necesidad de intervenir para proteger a los débiles o para refrenar la falta de escrúpulos de algunos individuos atrasados.

Una moral no vale más que porque es socialmente humana; de otro modo, no puede abstraerse de la vida social. Las morales individualistas, como el estoicismo y las que, como el protestantismo, se han inspirado en su espíritu, no aceptan el ser simples morales de control. Realizan el individuo como abstracción y le ponen así por encima y al abrigo de la moral social, considerada como empírica, cambiante y ondulante. Creen en lo absoluto y en la certidumbre absoluta. Hacen el bien y el mal de las entidades anteriores y superiores al hombre, mientras que las nociones del bien y del mal han llegado de las reacciones de la tribu sobre los individuos. Erigen una doctrina del Deber que viene de dios o de la naturaleza, a la cual cada ser humano debe su asentimiento completo y que nadie tiene el derecho a poner en interrogante. Acaban por ser, también ellas, una moral de coacción, con la agravante que la coacción de la conciencia es a menudo más severa todavía que la coacción exterior sobre el individuo, y puede terminar en un puritanismo desecador en unos, en la hipocresía en los otros.

Por la importancia que esas morales dan a los principios, por la severidad de la educación, por la exaltación de la dignidad, por el rechazo de las pasiones, por un cierto desdén para las alegrías inmoderadas y los placeres materiales, por el desprecio con que condenan las desviaciones y debilidades, terminan muy fácilmente en un puritanismo antipáti-

co. La práctica del deber da a veces un resultado paradójico. A fuerza de reprimir, se llega a suprimir toda espontaneidad, a desecar los sentimientos, a crear una nueva especie de egoísmo, el del fariseo, a darse a uno mismo la convicción de una superioridad moral, a volverse en suma insostenible para los otros y a convertirse en cierto modo en un ser antisocial. Si los individuos aislados practican tal moral, eso tiene ante todo por resultado el hacer la vida poco agradable a los otros miembros de su familia y también a sus subordinados. Si son gentes mediocres, hallan en la práctica ostentatoria de una supuesta virtud la satisfacción del sentimiento de superioridad, es decir de su vanidad. Pero hallan también allí el fundamento de un autoritarismo sectario que puede ejercerse, por ejemplo, cuando sus intereses entran en juego, contra los negros, contra la clase obrera, contra todos los que ellos consideran como sus inferiores.

Una educación puritana puede malograr la juventud de los niños imponiéndoles una continencia exagerada ante los placeres. No enseñar a los jóvenes el dominio de sí más que para castigarse y privarse, es propiamente hacer obra de perversión. Tal moral no tiene bastante en cuenta las variaciones psíquicas, las oscilaciones fisiológicas, las actividades glandulares, la fantasía emotiva y también la libertad. Porque al obligar a los individuos a ser ellos mismos los jueces vergonzosos de sus más secretos pensamientos, de sus impulsos, de sus sueños, de los deseos de su subconciencia, entraría en aquellos que son incapaces de plegarse fácilmente a la disciplina, una contención exagerada, la impotencia y el desequilibrio mental, y favorece en el mayor número una verdadera hipocresía. Los fariseos tienen la boca llena de nobles sentencias, pero practican bajo cuerda la peor inmoralidad.

La moral del deber ha tenido, en todo caso, un resultado bien singular desde el punto de vista sexual. El estoicismo y, después de él, el cristianismo, al dar a la mujer una personalidad moral, han hecho de la fidelidad sexual no ya un deber hacia el marido poseedor o protector, sino un deber hacia sí mismo. Han creado por tanto el pecado y por eso mismo han dado más refinamiento, más gusto, más valor al amor y más fuerza para triunfar a fin de cuentas del obstáculo moral que se quiere imponerle. Los epicureos se hubiesen asombrado mucho si se les hubiera dicho que la moral del deber tenía que desarrollar en el más alto punto el placer que es quizás el más vivo que la humanidad conoce.

Es verdad que el pecado sexual es más agradable para las damas católicas que para las damas protestantes. Las primeras pueden recurrir a la confesión y, después de haber experimentado el estremecimiento de la condenación, rescatarse por un arrepentimiento temporal que no se manifiesta de ordinario

más que después de una ruptura con el amante. La moral hugenota no admite esos compromisos. Una prostituta protestante se cree condenada o irremediablemente caída, mientras que una buena católica tiene siempre el recurso de la absolución y no pierde la alegría de vivir. El pecado de la primera es inherente a su conciencia que permanece para siempre manchada, el de la segunda no la toca más que pasajera y momentáneamente.

Reconocemos que la moral del protestantismo actual es menos dura comúnmente que lo que ha sido en otro tiempo. Una religión, que reconoce el espíritu crítico, da a cada individuo el poder de interpretar los puntos del dogma, no tiene la solidez del catolicismo. Bajo la influencia de las ideas modernas, la religión protestante pierde poco a poco, en muchos lugares, su poder de dominación sobre la vida. Hace cincuenta años, los jóvenes pastores se casaban fácilmente con ricas herederas. Ese tiempo ha pasado completamente, lo que prueba que la profesión pastoral ha perdido una buena parte de su prestigio sobre los fieles. La multitud de los simples que como los niños tiene necesidad de la certidumbre, aunque sea absurda, queda más apegada al catolicismo.

Reconocemos que el protestantismo ha contribuido a desarrollar el respeto a la personalidad humana. No ha podido por otro parte aparecer más que en el momento en que reapareció el espíritu crítico, en el momento en que bajo el impulso de las libertades comunales, bajo la influencia de las ideas de la antigüedad llegadas de oriente después de la caída de Constantinopla, se produjo el Renacimiento, renacimiento intelectual y económico (1). El prejuicio religioso ha detenido a los reformadores en su ímpetu de emancipación y ha mantenido a sus descendientes en una obediencia tradicional a una moral a priori.

(1) El espíritu de libertad, que ha soplado en ese momento sobre la Europa occidental, ha tenido consecuencias curiosas desde el punto de vista de la higiene. Se cerraron las últimas malaterías donde se encerraba en la edad media sin distinción los tuberculosos lúpicos, los eczematosos, a veces algunos leprosos, y muy probablemente a muchos sífilíticos. Los médicos y las autoridades englobaban a todos esos desgraciados bajo el diagnóstico de leproso por ignorancia pura y simple y con el designio de preservar al resto de la población. El respeto a la libertad individual que se había vuelto más fuerte, quizás también la posibilidad de hacer un mejor diagnóstico (pero esto no es seguro), dejaron en circulación numerosos enfermos de viruela. La sífilis se ha difundido a través del mundo en el momento en que las relaciones entre los pueblos se volvían

más numerosas y más intensas. Se apercibió en ese momento que esa enfermedad no tenía nada de común con la lepra, y era imposible encerrar en nuevas maderas a poblaciones enteras. Se ingenjaron por cuidar a los enfermos, pero se continuó encerrando en la cárcel a las prostitutas enfermas. Se continúa manteniendo a todas las prostitutas bajo una vigilancia policial, al menos en numerosos países. Una lucha existe en el mundo de los higienistas entre los que se pronuncian por la libertad y los que siguen siendo partidarios de la reglamentación. Con los medios actuales de que dispone la medicina, parece que una buena propaganda de educación y de vulgarización debería bastar para hacer desaparecer la sífilis, haciendo que los contaminados se hicieran atender convenientemente sin retardo. Pero es preciso decir que la prostitución se recluta entre muchachas que presentan en su mayor parte alguna deficiencia mental, con disminución del sentido de la responsabilidad, lo que ha determinado en ellas desde temprano la expansión de los instintos sexuales sin el freno habitual de las inhibiciones heredi-

itarias y educativas, lo que determina también en ellas la despreocupación y el abandono de la enfermedad misma y del tratamiento. ¿Cómo defender a la sociedad contra la irresponsabilidad?

El progreso técnico, en especial el descubrimiento de los arseno-benzoles, ha facilitado la lucha anti-venérea. En el cantón de Vaud, por ejemplo, se ha suprimido la reglamentación de la prostitución, se ha esforzado por difundir en el público las nociones de higiene que implican el conocimiento de las consecuencias graves de las enfermedades venéreas, se le ha mostrado la necesidad y la posibilidad de cuidarse eficazmente (films, conferencias públicas, conferencias a los jóvenes a la salida de las escuelas, conferencias a los conscritos, etc.). Ninguna intervención de la policía, sino intervención de enfermeras visitadoras, oficiales, que van a ver a las prostitutas contaminadas y les persuaden, en su propio interés, de que vayan al dispensario (a un dispensario de dermatología) para hacerse atender. La experiencia ha probado que esa acción es suficiente y eficaz.

RICARDO MELLA

Prólogo a "La Ciencia Moderna y el Anarquismo" de Kropotkin

Los lectores de esta revista habrán advertido nuestro deseo de recoger cuantos materiales actuales o pasados se esfuerzan por continuar la elaboración de nuestras ideas y su aplicación múltiple a los diversos problemas y aspectos de la vida. Ricardo Mella fué uno de los pensadores más independientes del anarquismo español y figura entre aquellos cultores de la libertad que nos complacemos en tener siempre a mano. El siguiente trabajo es el prólogo que escribió para su traducción española de "La ciencia moderna y el anarquismo" de Kropotkin. En espera de la recopilación de sus obras, iniciada por los amigos de Gijón, reproducimos para los estudiosos ese importante trabajo:

La opinión corriente, que se figura al anarquismo como un programa más, como un plan ideado en vista de determinados fines, como uno de tantos proyectos formulados a priori y sin base sólida que lo soporte, ha recibido en esta obra el golpe de gracia.

No es la anarquía un *Arzamiento* de las cosas. Es el desenvolvimiento natural y continuo de todos los elementos de integración vital que están contenidos en la humanidad, trátase del individuo o de las agrupaciones sociales. No se reduce al mecanismo simplista de la existencia ordinaria, sino que abarca el conjunto de la existencia universal y se propone explicarse, en suprema síntesis, la totalidad de la vida y la totalidad de las relaciones. No es una invención, sino una verificación.

En este respecto, aun las opiniones de muchos anarquistas necesitan ser corregidas.

Hay en la educación popular resabios de jacobinismos, tendencias vivas al forzamiento de las cosas. La multitud dirigida se coloca en el mismo plano de los directores y actúa conforme a las sugerencias del dogma propio.

Muchos anarquistas no son más que impulsivos que piensan y obran en radical, en revolucionario momentáneo. Todo su anarquismo se reduce a la rebeldía instintiva, que no es precisamente la rebeldía consciente, y a la imposición o a la dictadura de la multitud, lo que no sería mejor que otras dictaduras y otras imposiciones.

Las desviaciones y errores de la opinión acerca del anarquismo tienen en esas pobres traducciones del ideal un auxiliar poderoso. Parece como si partidarios y adversarios se empeñasen en perpetuar la leyenda de las agitaciones estériles, de las violencias bárbaras, de los inextinguibles odios.

Cierto que en la crudeza de las luchas de nuestros días son fatales las estridencias de concepto y de hecho. Inútil poner diques a la corriente. La lucha es la lucha. Mas si las cosas tienen siempre explicación, no siempre tienen justificación. Y en todo caso, a hombres que se dicen renovadores no convienen cosas y palabras rancias.

El lenguaje denuncia frecuentemente el atavismo de club. Es preciso ser un poco bárbaros, un poco sectarios, un poco fanáticos. La acción está representada en caricatura por un obrero fornido, provisto de retreta estaca—la bomba ya se hizo anacrónica. Teóricamente, muy anarquistas; prácticamente, despotas. Se levanta altares a la Razón y se impone la propia a garrotazos. Ni aun se tolera disenter del novísimo dogma.

La aberración llega al límite cuando se ve a tales hombres en amigable consorcio con todos los radicalismos de escuela y en la grata compañía de caudillos de opéreta, conspiradores bufos de peluca rubia y trenza gris.

Afortunadamente, la multitud obrera, y entre ella

Publicada en alemán la primera edición de "La Ciencia Moderna y El Anarquismo", amplióla su autor para darla a luz en lengua inglesa.

Caer en mis manos esta segunda edición, darme cuenta de su real importancia y ponerme a traducirla al castellano, fué todo uno. La traducción será mejor o peor, pero tengo la seguridad de haber permanecido fiel al texto constantemente aun a expensas de la pureza de estilo y del rigor sintáctico. En obras de esta naturaleza es preferible la exactitud a la elegancia en la dicción.

Tratándose de Pedro Kropotkin, cuyos estudios sociológicos circulan profusamente en todos los idiomas, no era dudoso que este su último trabajo, calificado modestamente de ensayo por el autor, tuviera el alcance que todo el mundo ha reconocido en sus precedentes libros.

Pero si hasta ahora había reconocido principalmente en sus obras un gran valor de propaganda, una fuerza probatoria de razonamiento poco comunes en otros estudios sociales, habrá que reconocer en presencia de este nuevo libro esas mismas cualidades y una más, muy importante: la comprobación de que la idea anarquista no es un sueño de ilusos, sino esencialmente derivación necesaria de las modernas teorías científicas.

La prueba a posteriori, estamos por decir experimental, es concluyente. Con rigor inflexible llega el autor de *La conquista del pan* a las conclusiones finales en cuya virtud el anarquismo deja de ser definitivamente credo de partido, aspiración de secta, definición de dogma.

Precisamente cuando la vulgaridad general ha vaciado sobre el anarquismo todos los lugares comunes y todas las diatribas del repertorio al uso, viene Kropotkin a demostrar, como dos y dos son cuatro, que la anarquía es la expresión sintética de la filosofía natural fundada en los descubrimientos científicos más recientes y se propone, no sólo la reedificación de la sociedad, sino la reconstrucción del conocimiento.



GRABADO EN MADERA DE GAN KOLSKI

los anarquistas conscientes, se aparta de aquellos que cifran la emancipación humana en serviles traducciones de la rutina política jacobina. Pero al propio tiempo el hecho hacia estos ideales y hacia sus propagandistas se extiende y levanta como una recia muralla que impide toda compenetración de pensamiento y de conducta.

Contrayéndonos a España, puede observarse un período de seria propaganda y de estudios que se desenvuelve rápidamente y gana las multitudes, no sólo obreras, sino también mesocráticas; después viene el período llamado heroico, que siembra el espanto con sus formalidades alabonazas: la idolatría por los hombres se revela hasta en las denominaciones de los grupos. Se empieza a olvidar las ideas. Finalmente se inicia el período de decadencia bien patente en la enorme vulgaridad de las locuciones y de los nombres actuales que haría reír si no indignara.

No se juega a los comités ni a los diputados, pero sí a las conspiraciones y a las algaradas infantiles, de una ingenuidad tal que, a veces, toca los linderos de la maldad.

Así, en España, el anarquismo, como fuerza anda maltrecho y vacilante.

Si las masas populares obran, no obstante, en anarquista a cada movimiento que se produce débese a ese su espíritu, a ese su genio creador de que habla Kropotkin.

Se actúa en anarquista aun sin saberlo y muchas veces a pesar y en contra de los mismos anarquistas.

* *

Es verdaderamente decisiva la manera como Kropotkin establece el paralelismo entre el progreso de las ciencias, el desarrollo de las ideas y los desenvolvimientos y rebellones populares.

Las parciales evoluciones en el dominio de la religión, en el de la filosofía, en el de las formas políticas y económicas, en el de las instituciones sociales se resuelven en una misma evolución de general tendencia hacia la libertad integral, libertad de pensamiento, libertad de acción, libertad de vida.

La enorme diversidad de manifestaciones y modalidades, que parece inducir multitud de resultantes distintas, no es más que la expresión en detalle de una gran síntesis que comprende la vida entera de la humanidad y de la Naturaleza. La metafísica sucede a la teología; la filosofía especulativa a la metafísica; la filosofía natural, la ciencia propiamente dicha, a la filosofía especulativa. Los esfuerzos de la razón se ven al fin coronados por el éxito en los dominios de las ciencias naturales. Construimos ahora de nuevo el edificio del conocimiento sobre los firmes bloques de la experimentación. ¡Gloria, no obstante, al pensamiento humano, que tantas veces ha sabido adivinar la realidad y adelantarse a la ciencia!

¿Y qué son, en suma, las transformaciones políticas y sociales, las transformaciones económicas, sino gradaciones de esa misma evolución general? La historia entera de la humanidad se compone de la sucesión ininterrumpida, un poco idealista, un poco materialista, de cambios continuos en el modo de pensar, en el modo de relacionarse, en el modo de vivir. La idea y el hecho tienen un mismo desenvolvimiento; se oponen, se compenetrán. Aun cuando aparezcan a veces divergentes, la resultante y la finalidad son siempre de concurrencia por el mejoramiento de la vida, por la elevación del pensamiento,

por el dominio de la existencia entera. Imposible es cindir lo ideal y lo material.

Es sorprendente cómo el autor de "La Ciencia Moderna y el Anarquismo" sigue paso a paso la evolución de las multitudes y la evolución en el orden de los conocimientos. Estas páginas son un canto triunfal al hombre y la ciencia. Y son también el golpe de gracia a las rutinas dialécticas aun de los pseudocientíficos del socialismo. No hay manera de negarse a la evidencia que brota sencilla y naturalmente de este libro.

Todos los *forzamientos* teóricos quedan desvanecidos. La tendencia general en todo el curso de la historia es de independencia tanto como de igualdad, el equivalente de la justicia.

Nace en el seno de las multitudes el anarquismo. Nace instintivamente, porque el hombre se siente por naturaleza libre. Y este instinto, esta tendencia labra un día y otro el porvenir que más tarde construyen teóricamente los filósofos, los hombres de ciencia contrarios a la Academia, a la Universidad, a la verdad oficial. Viene en seguida la falange de inteligencias despiertas, de nobles corazones que difunden las novísimas doctrinas en el seno del proletariado y de la clase media modesta. Idealmente, la batalla está ganada.

En nuestros días, cuando mayor parece la preponderancia del Estado, cuando todos los partidos se empeñan en repetir la historia luchando rabiosamente por el poder, por la centralización, por ideales de unificación y de uniformidad fuera de las condiciones reales de la vida, la contienda ha pasado de la esfera de las ideas al terreno de los hechos.

Las multitudes actúan de manera que da un mentís continuo a la prepotencia de todas las direcciones y jefaturas que las solicitan. Obrar por su cuenta, olvidadas de programas, descuidadas de disciplinas y reglamentos que de nada le servirían como no fuera de estorbo en el momento de las alaridas rebeldías.

Ciertamente que hay mucho de instintivo también en esta conducta, porque frecuentemente el espíritu anarquista no persiste más allá de los días de revuelta y las multitudes apaciguadas no dejan de clamar bien pronto por una nueva disciplina, por una nueva dirección. Se obra en anarquista para destruir; rutinariamente para edificar. Las solicitaciones del autoritarismo y del capitalismo hallan un fiel aliado en la inexperiencia popular.

El atraso mental es bastante fuerte para permitir que, en ausencia de una orientación indicada, se alcance una dirección impuesta. Y la falta de hábitos de independencia hace todo lo demás.

Período de transición el presente, explica bien por qué las multitudes se detienen a mitad de camino. Y es que en el desarrollo de las aplicaciones prácticas del anarquismo no son tan indispensables las disertaciones teóricas como las lecciones de cosas. No de otro modo que a costa de grandes esfuerzos, de repetidos ensayos, de sucesivas aproximaciones, llegará el ideal libertario a traducirse en hechos. Es la experiencia la que ha de contrastar, la que ha de verificar la exactitud de nuestras conclusiones.

La difusión de las ideas tuvo la falange de inteligencias despiertas y de nobles corazones. La tiene ahora mismo. Pero en los momentos de revolución, la propaganda cede el puesto a los actos y entonces es necesaria la falange de los abnegados y de los prácticos. No queda a tal hora más que el aleccionamiento

to por medio de los hechos o la dictadura. La dictadura es todo lo contrario del anarquismo. Es, pues, preciso sugerir la práctica con la práctica; es necesario proceder experimentalmente ante las multitudes para que su grande espíritu de renovación haga libre y espontáneamente todo lo demás.

Y es también necesario que a esta hora suprema nadie se deje arrastrar por la sugestión jacobina, por la obsesión de la violencia que, en el curso de la evolución, no puede ni debe ser más que un episodio. Lo esencial es reconstruir la vida y reconstruirla de tal modo que permita todas las experiencias. El solo deseo de una organización uniforme lanzará a las masas por el camino de la imposición. La imposición tendrá necesidad de un órgano. El órgano será un gobierno franco o disimulado. El espíritu libertario quedará otra vez vencido. La revolución habrá sido inútil.

* *

En este punto estimamos que Kropotkin exagera la necesidad de aplicaciones comunistas, exclusivamente comunistas, aun cuando en esta obra parece franquear el amurallado recinto de la uniformidad.

Porque en el fondo es un economista al revés, o porque argumenta bajo la influencia del medio ruso o bien porque le obsesiona la cuestión del pan para las multitudes hambrientas, Kropotkin en todas sus obras desenvuelve insistentemente el principio comunista cerrado, unificado, hasta sus últimas consecuencias, del mismo modo que se esfuerza en la afirmación del municipio libre y apenas concede atención a las formas subsiguientes del organismo social, tan complejas como complejas son las necesidades de la vida moderna.

La práctica del comunismo anarquista la reduce el autor de *Campos, fábricas y talleres* a su más sencilla expresión. Si no temiéramos excedernos, diríamos que plantea y resuelve la cuestión en forma harto simplista para que concuerde con la extrema complicación de la vida social. Ello podrá parecer bien a las multitudes; podrá satisfacer necesidades de fácil comprensión; podrá llenar cumplidamente el objeto primordial de hacer asequible la idea a todas las inteligencias. Pero de ningún modo está de acuerdo con la evolución social.

Véase como quiera, no hay en toda la historia de los pueblos un solo caso de realización integral de una idea. Todo lo más hay una tendencia, una finalidad, un camino cuya meta se aleja delante del caminante. El individualismo, el industrialismo, el capitalismo, no son realizaciones totales, totalmente idénticas al principio que las informa. No son siquiera idénticos a sí mismos en todos los puntos de la tierra. Son una tendencia hacia la realización de una idea; y las prácticas de esta tendencia difieren de tal modo, que no cabe posibilidad de encerrarlas en un enunciado común. Ciertamente que tienen el mismo punto de partida y la misma finalidad. Ciertamente que disponen de un mismo instrumento de realización, pero los hechos que traducen la idea en la marcha ordinaria de la vida no sólo no concurren siempre en una expresión uniforme, sino que frecuentemente difieren y se oponen los unos a los otros.

"Dondequiera que un sistema ha predominado — he dicho en otra parte — o predomina, los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno; las experiencias prácticas varían notablemente, desviándose del punto de partida.

Del comunismo de algunos pueblos sólo puede obtenerse una característica ideal. En los hechos no hay comunismo igual a otro comunismo. En todas partes se hacen concesiones al individualismo en diverso grado. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más duro. De los esquimales que viven en comunidades libres al comunismo autoritario del antiguo imperio peruano, la distancia es enorme. Y sin embargo, las prácticas del comunismo se derivan de un solo principio: el derecho eminente de la colectividad que, en los países gubernamentales, se trueca en el derecho eminente del príncipe que asume la representación y los derechos de los súbditos. Este principio no subsiste, empero, sin limitaciones esenciales. En todas partes las reservas en beneficio de la individualidad son numerosas. En unos casos es de propiedad privada la casa y el jardín. En otros la comunidad no alcanza sino a una porción de la tierra, reservándose las otras al Estado, los sacerdotes, los guerreros. Finalmente, los esquimales en sus libres comunidades reconocen en el individuo el derecho a separarse de la comunidad para establecerse en otra parte, cazando y pescando a su sólo riesgo...

"Del mismo modo el régimen individualista se halla en ciertas regiones más cerca del comunismo que de individualismo propiamente dicho. La propiedad en muchos casos se reduce a la posesión o al usufructo que el Estado, a voluntad, concede o retira. En otros el uso de la tierra se da por repartos periódicos, porque teóricamente se considera el suelo propiedad de todos.

Si analizamos la experiencia actual del individualismo en la industria y en la agricultura, veremos que el principio o regla es uno: el derecho a la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas, pero que los métodos de aplicación varían de país a país y de pueblo a pueblo. No obstante, el empeño de unificación de los legisladores y el poder absorbente del Estado, las leyes son un verdadero mare magnum, y los usos y costumbres en la industria, en la agricultura y en el comercio tan opuesto entre sí, que lo que es equitativo en un lugar se tiene frecuentemente por injusto en otro.

"Hay naciones o comarcas donde la asociación obra milagros y otras donde cada cual prefiere luchar solo en su propio beneficio. Regiones enteras pertenecen en una misma nación a una docena de individuos, mientras otras están divididas y subdivididas hasta lo inverosímil. Aquí prevalece la gran industria. Allí perdura el antiguo artesano trabajando en su pequeño taller. La transmisión de la propiedad afecta las más variadas formas. En unos lugares han sido suprimidas las rentas; en otros persisten invariables".

En ningún punto del globo subsiste el individualismo sin algo de comunismo y mucho de cooperación y de asociación. No se puede prescindir del hospital, del asilo, de la oficina pública, del público paseo; no se puede prescindir del comunismo en los servicios de comunicaciones, de transportes, de alumbrado; no se puede prescindir de crear fuertes asociaciones, grandes empresas, de sumar capitales y hombres con fines de cooperación. No importa por qué ni para qué. Importa saber que el individualismo no tiene ni puede tener realización totalizada, pura, como el ideal de que se deriva.

Otro tanto ocurre con las instituciones políticas. Es tan grande la diversidad de códigos, que no ten-

dremos que insistir. El constitucionalismo, sea monárquico, sea republicano, ya unitario, ya federalista, varía radicalmente de pueblo a pueblo. No hay una constitución-tipo después de un largo siglo de experiencias. La tendencia es siempre la misma; la práctica distinta en todas partes.

Toda la ciencia del mundo no sería bastante para ofrecernos un esquema ideal, así del individualismo como del constitucionalismo, de acuerdo con la realidad.

Así nosotros, anarquistas como Kropotkin, no podemos comprender una sociedad que produce, cambia o distribuye y consume casi mecánicamente, automáticamente, de un mismo modo en todos los puntos del globo. El estudio de la evolución nos dice lo contrario, nos habla de la inmensa variabilidad de las aplicaciones. Y como es el lenguaje de la realidad y observamos también que todos los intentos de unificación han fracasado, y que está en la misma condición de los hombres la tendencia a la diferenciación, no nos conformamos con la concepción del comunismo uniforme.

Hay una cuestión previa, que es la de la igualdad de medios para la vida. Esta afirmación constituye todo el socialismo, o todo el comunismo, o todo el colectivismo prácticos. El nombre importa poco. Más allá de esta afirmación no puede haber más que agrupaciones formadas para cooperar, como quiera que sea, a fines determinados. Los métodos de cooperación pueden ser tan variados como las opiniones, los gustos, las necesidades etc. Todavía más, es preciso que lo sean, porque sin diversidad de experiencias no puede haber elección de lo mejor. El progreso del mundo consiste precisamente en esta selección experimental.

Cualquier intento de método uniforme, cualquier propósito de unificación, sería un nuevo forzamiento de las cosas, y el anarquismo no trata de forzar, sino de favorecer y fomentar el desarrollo de todas las condiciones que están en la naturaleza para la vida individual y para la vida social.

¿Quién es capaz de predecir las maravillas de los desenvolvimientos futuros en función de un régimen de libertad y de cooperación voluntaria fundado en la igualdad de condiciones?

El error del comunismo anarquista es del mismo género que el error del anarquismo individualista. Así como éste vuelve fatalmente al Estado, así aquél volvería necesariamente a la autoridad y al oficialismo. Toda tendencia de unificación requiere un factor, un elemento que ejecute, que arregle, que coordine. El principio de autoridad, la idea de gobierno está siempre en acecho.

La unidad no puede ser más que una resultante. La vida es variación continua. A partir de ésta, es como únicamente podemos aspirar al desenvolvimiento creciente de todas nuestras facultades.

No se nos oculta que la manera más sencilla, demasiado sencilla, de satisfacer las necesidades elementales de la existencia es el método comunista íntegro. La multitud proletaria hallaría de pronto la solución del apremiante problema del pan. La multitud proletaria se rendiría cuenta en seguida de la manera como tendría que conducirse para no padecer hambre ni frío, para no andar cubierta de andrajos, comida por la miseria. Comprenderíamos que todos los obreros fuesen comunistas a outrance.

Pero ¿y después? Sería menester rebasar los mu-

ros de la pequeña villa, los cercados de la gran ciudad; transponer los límites de la comarca, de la nación. Habría algo más que hacer que comer y vestirse. Cada uno, individuo o grupo, querría desenvolver su actividad en distinto sentido, de modo diferente. La vida recuperaría toda su gran complejidad y las complicaciones de organización nos saldrían al paso por todas partes.

El comunismo puede dar y da respuesta a todo esto; señala un camino, marca un rumbo. Pero la humanidad, entonces como ahora, hará poco o ningún caso de orientaciones y de caminos y de rumbos. Empezará de nuevo la ruta como sepa y como quiera. Cada uno elegirá un sendero. No sería ningún bien que todo el mundo marchara por la misma carretera. No habría variedad, no habría selección, no habría progreso.

Si en el seno del anarquismo prevalece la idea comunista actualmente, no es sin que provoque divergencias, entre ellas la necesaria reacción individualista. Son extremos que están pidiendo a gritos una solución. Estaremos en camino de alcanzarla si atendemos a las realidades del desenvolvimiento social más que a nuestros resabios dialécticos.

El colectivismo con su principio de alternativa respecto a los medios de distribución (1) ha pasado a la historia. Igual suerte correrá el comunismo actual. Si el anarquismo es la expresión sintética de toda la evolución social en el pasado, en el presente y en el futuro, no puede encerrarse en la monomanía de un procedimiento único. Por el contrario, supone la más grande variedad de procedimientos, la más grande variedad de aplicaciones, la más grande variedad de resultados.

Basta al principio de justicia la realización de la igualdad porque ésta es el equivalente de aquella, según prueba cumplidamente Kropotkin. Mas la igualdad queda realizada tan pronto como los hombres todos entran en posesión de la riqueza natural y social; y así, entonces, las formas del mejor empleo de los medios puestos a disposición de todos y cada uno, no pueden ser sino objeto de libres conciertos, de contratos libres, que es lo que constituye el sistema de cooperación voluntaria, o en otros términos, el método anarquista.

En este mismo sentido hace Kropotkin las salvedades necesarias, admitiendo la posibilidad de diversas aplicaciones, y lo que es mejor, considerando el anarquismo individualista como un freno a las probables exageraciones comunistas, pero insiste siempre en el punto de vista del comunismo libre como verdadera expresión del anarquismo. El adjetivo libre no altera los términos de la cuestión, pues o el comunismo es la cooperación voluntaria con toda su segura multiplicidad de métodos o es unificación, forzamiento, en fin del desenvolvimiento social.

Tampoco es posible concebir cómo las transformaciones del futuro han de reducirse a la idea elemental

(1) Era ya tiempo de que alguno de los grandes escritores anarquistas interpretara rectamente esta idea propagada en un tiempo por todos los anarquistas de raza latina. Kropotkin lo hace con gran acierto, y de ello nos felicitamos.

del municipio libre. Este es ciertamente el punto de partida, pero no hay ninguna razón para detenerse en él.

Habla Kropotkin de federaciones profesionales, de organizaciones políticas, de asociaciones mil de libre iniciativa, y ello supone una concepción vastísima de la organización social entera. En realidad, la insistencia acerca del municipio libre tiene fácil explicación en el hecho de que las asociaciones de más compleja forma tienen siempre la tendencia absorbente, y contra la preponderancia centralizadora de toda asociación de asociaciones no existe otro freno que la independencia de sus elementos componentes.

Pero el municipio independiente no tiene más realidad que el individuo independiente. El hecho de la mayor proximidad entre los individuos dentro de un municipio, no es bastante para establecer la independencia del primero y la no independencia de los segundos.

Las necesidades de la misma vida social implican el acuerdo, no sólo de los individuos dentro del municipio, sino también de los municipios entre sí. Las necesidades de la producción, del cambio y del consumo, suponen el acuerdo por industrias, así dentro del municipio como de industria a industria en un territorio dado. Aun cuando cada municipio pudiera bastarse a sí mismo económicamente, lo que es problemático en sumo grado, no podría encerrarse en murallas chinescas. Se vive con todo lo que está próximo o lejano en mayor o menor grado, pero no se vive en el aislamiento.

Y si tenemos en cuenta la gran población diseminada en los campos, sin más que pequeñísimas agrupaciones de viviendas, y la naturaleza misma de los trabajos agrícolas, se comprenderá en seguida cómo la vida de relación ha de rebasar necesariamente los límites del municipio ciudadano.

Tan variables e inestables como se quiera, resurgirán federaciones locales y extralocales, federaciones de campesinos y federaciones de industrias, federaciones de deporte, de arte, de ciencia. El porvenir pertenece por entero a esta forma de organización libre, de abajo a arriba, de lo más sencillo a lo más complicado.

Por eso decimos que el municipio libre no es todo el anarquismo, como no lo es tampoco exclusivamente el comunismo, aunque se le adjective como se quiera.

No hay en lo apuntado grandes divergencias con lo dicho por Kropotkin. Pero aunque las hubiere, conviene no olvidar que nuestro buen camarada admite de grado todas las posibilidades y se coloca en la posición del hombre de ciencia que no da opiniones, sino principios demostrados.

Y como él, hasta donde él va, vamos nosotros corroborando y suscribiendo la afirmación de que verificar nuestras respectivas conclusiones solamente es posible por medio del método científico inductivo-de-

ductivo, sobre el cual se han constituido todas las ciencias y por cuyo medio se han desenvuelto todas las concepciones científicas del universo.

Una palabra todavía. Prevenidos contra las reacciones posibles en los dominios de las propias ciencias, es menester guardarse de las seducciones de la novedad. No todo lo que aparece vestido con ropaje científico es verdadera ciencia. La loca de la casa hace prodigios; el entusiasmo se complace en aceptarlos sin discusión.

Las demostraciones verbales suelen ser fáciles; la comprobación y la verificación de la verdad, trabajosas. No admitamos sin análisis y sin prueba bastante.

Ya por razones de especialización, que es a un mismo tiempo una necesidad y un peligro; ya por la intervención de prejuicios inveterados, ocurre que circulan muchas verdades a medias y muchos errores ocultos como hechos de evidencia científica.

Hombres de talento colosal que afirman resueltamente el ateísmo — y damos este hecho como ejemplo — sostienen al mismo tiempo la imposibilidad de una sociedad de ateos. Se lanzan a los mayores atrevimientos científicos y tienen por inmutable el mundo social en que viven. Encerrados en su torre de marfil, no ven más allá de sus narices en cuanto tocan a la realidad ambiente, y perdóneseles esta rudeza de lenguaje.

Para mayor comodidad han inventado una lógica especial, seca, dura, mecánica, que los hace tan peligrosos como los mismos metafísicos. Repudian lo que llaman lógica de sentimientos, como si el mecanismo mental fuera un simple aritmómetro, una máquina de cálculo, sin advertir que no hay, que no puede haber otra lógica que la intervenida por el complejo de nuestro organismo con sus afectos, sus pasiones y sus nervios. Estamos en presencia de los hombres, de nosotros mismos, que no somos simples mecanismos silogísticos o sencillos aparatos de registro, sino trabazón de ideas y sentimientos, de funciones y órganos, de nervios y arterias y huesos, carne, sangre, etc. La lógica nuestra, y no podemos conocer otra, será necesariamente la resultante de todo lo que en nosotros está dado de antemano.

Como este sencillo ejemplo podríamos citar bastantes. Los libros científicos, o que parecen científicos, andan repletos de prejuicios y de errores. En cuanto se toca a los problemas sociales, reviven todos los atavismos de casta y el conocimiento científico suele hacer quiebra.

Vayamos con tino en la investigación de la verdad y exijamos siempre a la ciencia la verificación de sus principios.

Procediendo de esta manera llegaremos en firme a las conclusiones necesarias que expresen las formas precisas de la existencia social.

Notas y comentarios

Probable participación europea en el segundo congreso anarquista regional.

El anuncio del proyectado congreso anarquista de la región argentina ha sido simpáticamente acogido entre los compañeros de todo el mundo que se interesan por el porvenir de nuestro movimiento y por la elaboración incesante de nuestras ideas.

El semanario "Erkenntnis und Befreiung", órgano de los anarquistas austriacos, después de transcribir la orden del día proyectada, hace estos comentarios:

"Es preciso confesar que todos esos puntos de la orden del día tienen realmente una significación internacional. Sería por eso deseable que en ese congreso de los camaradas sudamericanos se hiciera representar también Europa por uno o dos compañeros. Los gastos de viaje podrían repartirse convenientemente entre todos los países europeos de nuestro movimiento. No sólo debemos a los camaradas sudamericanos un verídico informe sobre el estado del movimiento anarquista en Europa, — sino que seguramente una colaboración en un congreso que tiene que hacer frente a problemas espirituales tan importantes de nuestras ideas, daría por resultado una próspera fecundación para nuestro movimiento en ambos continentes".

Si ese deseo llega a realizarse, el proyectado congreso tendría así una mayor significación histórica y su labor habría de ser doblemente fructífera.

La dictadura de Irigoyen.

Estamos de hecho bajo una dictadura del partido irigoyenista, una dictadura que es tanto política como clerical, en donde la pasión de los puestos gubernativos y del saqueo del erario público ocupa el primer lugar.

Se mantiene por fórmula el parlamentarismo, pero todo el mundo advierte el juego inútil del aventinismo argentino. Nada se discutirá, nada se aprobará si no conviene a la camarilla reinante. Y aquellos partidos que sostienen todavía la ilusión parlamentaria, en lugar de salir a la liza e imponer desde la calle al irigoyenismo un mayor respeto hacia la libertad, se hacen cómplices de la dictadura, quiéranlo o no.

La manifestación dictatorial del irigoyenismo más visible y palpable está en su disposición arbitraria y sin control de los dineros públicos, procedimiento que pasa por encima de todas las leyes y de todas las normas establecidas que en los regímenes democráticos son al menos aparentemente respetadas.

En el primer año de "ilegalidad financiera", el irigoyenismo ha ordenado gastos fuera de presupuesto que ascienden a 56.695.570 pesos. ¡He ahí un "record" que pueden anotar los historiadores en el haber de Irigoyen! ¡Más de 56 millones de pesos en un año, arrojados arbitrariamente a los presupuestos del partido gobernante, sin autorización

legal, sin contralor parlamentario! ¿No es un botón de muestra lo suficiente expresivo sobre la dictadura que sufrimos y que todavía no puede prevenirse hasta dónde llegará?

Si eso fuera poco, ahí está el ejemplo de la enseñanza en las universidades, donde se tiene especial cuidado en barrer al profesorado no irigoyenista, sustituyéndolo por nulidades del partido. Y si eso tampoco convenciese, ahí tenemos lo que ocurre al juez Facio de La Plata, que se atrevió a procesar a un caudillo radical por un crimen común, no obstante las advertencias en todos los tonos para que dejase la cosa en suspenso, encarpada en los archivos del olvido.

La era de los trusts.

Sin comentario damos dos noticias que evidencian el poder creciente de los grandes trusts en la vida económica y política contemporánea. Una dice así:

"Berlín. — El monopolio de fósforos alemán será entregado al "trust" sueco de fósforos, contra un empréstito de 500.000.000 de marcos al 6 por ciento, a un plazo de 50 años.

"El gobierno del Reich recibirá la totalidad de la suma sin ningún descuento, considerándose que el tipo de interés es muy favorable.

"La emisión y colocación del empréstito quedan a cargo del mencionado "trust". Según el esquema publicado por el "Berliner Tageblatt", dicho "trust" predomina en casi todos los países, ya sea directa o indirectamente.

"De esa manera, ejerce el control de la fabricación de fósforos en los siguientes países americanos: Argentina, Brasil, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y México.

"El monopolio que se le concede en Alemania quedará limitado a la venta y exceptúa la fabricación, pero las fábricas deberán vender exclusivamente a la administración del monopolio. Todos los diarios, incluso los socialistas, protestan contra el encarecimiento de los fósforos en Alemania."

La otra tiene el siguiente contenido:

"Nueva York. — La memoria y balance de la American and Foreign Power Company por el año que terminó en junio 30 del corriente, demuestra que las ganancias brutas de la empresa y compañías asociadas, éstas últimas desde el tiempo que fueron adquiridas, alcanzaron a la suma de 45.554.000 contra 24.177.970 de los 12 meses anteriores.

"Sin embargo, se hace la salvedad de que las ganancias totales, de acuerdo con las comunicaciones sobre las ganancias brutas de todas las empresas propiedad de la compañía, incluso aquellas cuya adquisición ha sido iniciada y pagada parte del precio convenido, más las ganancias que directa o indirectamente controla la empresa, exceden de 66.000.000 de dólares.

"En la memoria se indica como dato ilustrativo que la población de los territorios servidos por las compañías subsidiarias de la empresa y que efectúan servicios de provisión de luz y energía eléctrica, así como otros de carácter público, comprendidas en 939 municipalidades situadas en la Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Panamá, Guatemala, Ecuador, Cuba, Venezuela, Costa Rica y el área internacional de Shanghai alcanza a más de 10.250.000 almas."

"La empresa, agrega la memoria, por intermedio

de sus asociados en la Argentina, está realizando grandes inversiones de capitales en ciudades de ese país que progresan rápidamente, inversiones que se destinan a la compra de contratos de suministro de energía y luz eléctrica, sirviendo en la actualidad a 140 ciudades".

"Se citan luego en detalle las operaciones realizadas en el Brasil, haciéndose notar la riqueza económica del Estado de Minas Geraes, donde, en la ciudad de Bello Horizonte, la empresa acaba de adquirir los servicios de alumbrado, fuerza y tracción y ofrece además amplio campo para el desarrollo industrial eléctrico.

"Se agrega que las fábricas hidroeléctricas que sirven a las ciudades de Santiago y Valparaíso tienen una producción de 250.000.000 kilovatios-hora por año, lo que representa un aumento del 16 por ciento sobre la registrada en 1928.

"Las informaciones sobre la situación de los negocios de Chile, termina diciendo la memoria, indican que éstos se desarrollarán satisfactoriamente."

"Finalmente se anuncia la distribución de dos dividendos trimestrales de 1.75 dólares cada uno en las acciones preferidas de segunda emisión, pagaderos el 31 de octubre y correspondientes al período que terminó el 30 de junio."

El derecho al pataleo

De un manifiesto del partido socialista independiente tomamos los párrafos que siguen:

"Después de una elección tranquila y correcta, en que los ciudadanos han votado libremente, ¿qué tenemos en cambio, al cumplirse el primer año de este gobierno? La burla más execrable que se haya hecho nunca del sufragio popular. El mandato constitucional se ha convertido en "mandato histórico", en delegación de soberanía para sustituir la voluntad, el capricho o el odio de una persona a la Constitución y a la ley. Esta concepción monstruosa no es sólo una frase o un estado de ánimo de algunos servidores obsecuentes o partidarios fanáticos del primer magistrado. Es algo más grave. Es un conjunto de

hechos estrechamente vinculados entre sí, que constituyen el único saldo de este primer año de gobierno, y cuya continuación podría conducir pronto al país argentino a una encrucijada de su historia, si las fuerzas sanas, conscientes y viriles de la Nación no fueran capaces de poner dique al desbordamiento.

"No hay gobierno republicano, representativo y federal. No hay ministros responsables y aptos. No hay autonomías provinciales. No hay Congreso libre. No hay ni siquiera gobierno de partido. Hay el dominio absorbente, centralista y tiránico de un hombre, aceptado o tolerado con resignación por un conglomerado heterogéneo, sin vida propia y auténtica, que se titula "partido".

"El presidente es todo y lo puede todo. Los ministros no existen. No opinan. No pueden nada"

"El presidente decide lo que ha de votarse en las legislaturas y los gobernadores radicales tienen que abdicar en sus manos su poder aparente, si no quieren ver megados la sal y el agua. Las intervenciones autorizadas por leyes han sido utilizadas como instrumentos de persecución política y para encender la guerra civil.

"El dinero público se despilfarra. Por decreto se ascienden muertos y "vivos" y se regalan diferencias de sueldos a amigos y a parientes. Por decreto se insumen millones en la prosecución aparente de obras públicas improductivas o se echan a ese tonel sin fondo, que es la administración de los ferrocarriles del Estado. No se envía al Congreso el presupuesto para el año próximo y se crean empleos nuevos que el vigente no autoriza."

"...El Congreso no es libre. No tiene libertad de hacer ni de pensar. La mayoría está supeditada al Presidente, so color de solidaridad partidista. Lo único positivo que ha sabido hacer en la Cámara de Diputados es negar a las minorías el derecho de control de los actos del Ejecutivo y alzar al Presidente. En el recinto se ha dicho que el primer magistrado es alto como el Himalaya"...

Pero el cretinismo parlamentario no hará ver al socialismo el fracaso del parlamentarismo aun en los países que todavía siguen llamándose democráticos. ¿Cómo se explicará esa ceguera, que produjo en Italia el fenómeno del aventinismo socialista hasta que las hordas de Mussolini se cansaron incluso de esa inofensiva comedia?

ESTATISMO ANARQUIA

SE TITULA EL QUINTO VOLUMEN DE LAS OBRAS

COMPLETAS DE MIGUEL BAKUNIN, RECIENTEMENTE

EDITADO POR "LA PROTESTA"

¡LEALO, COMPAÑERO!

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) Edición especial, papel pluma	\$ 0.50
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBRGSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La po-
redumbre parlamentaria. — La moral oficial
y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las
familias numerosas. — Los oficios odiosos. —
Las fuerzas de la revolución. — La conmoción
revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
--	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su in- fluencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resul- tado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RÁDOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PRO- TESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------